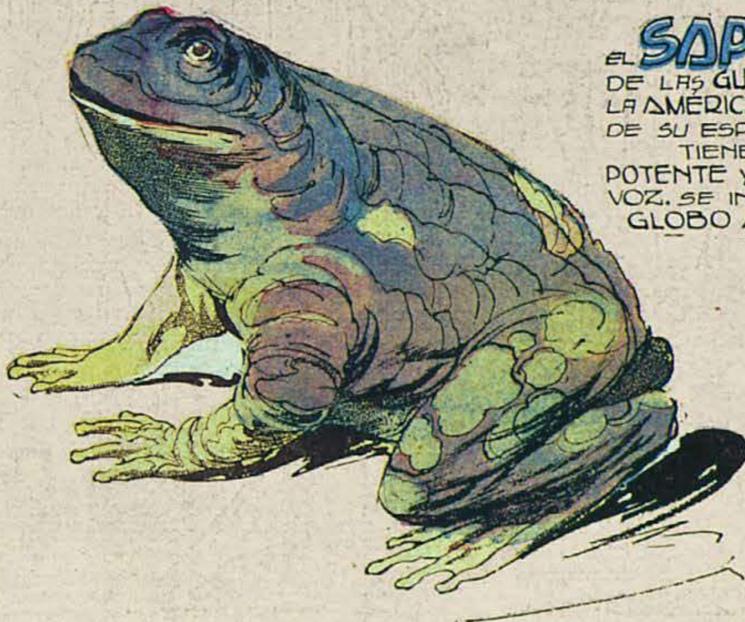
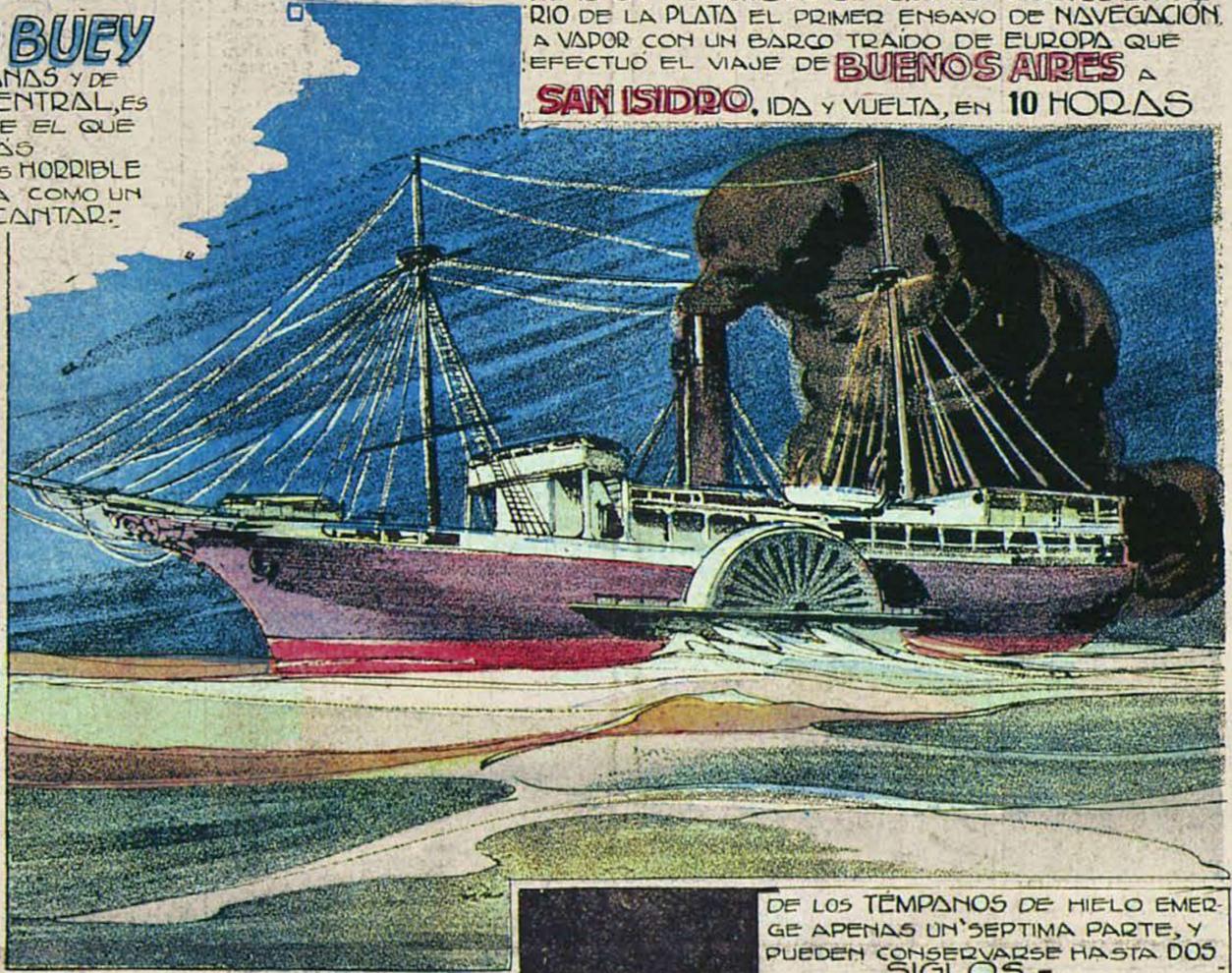


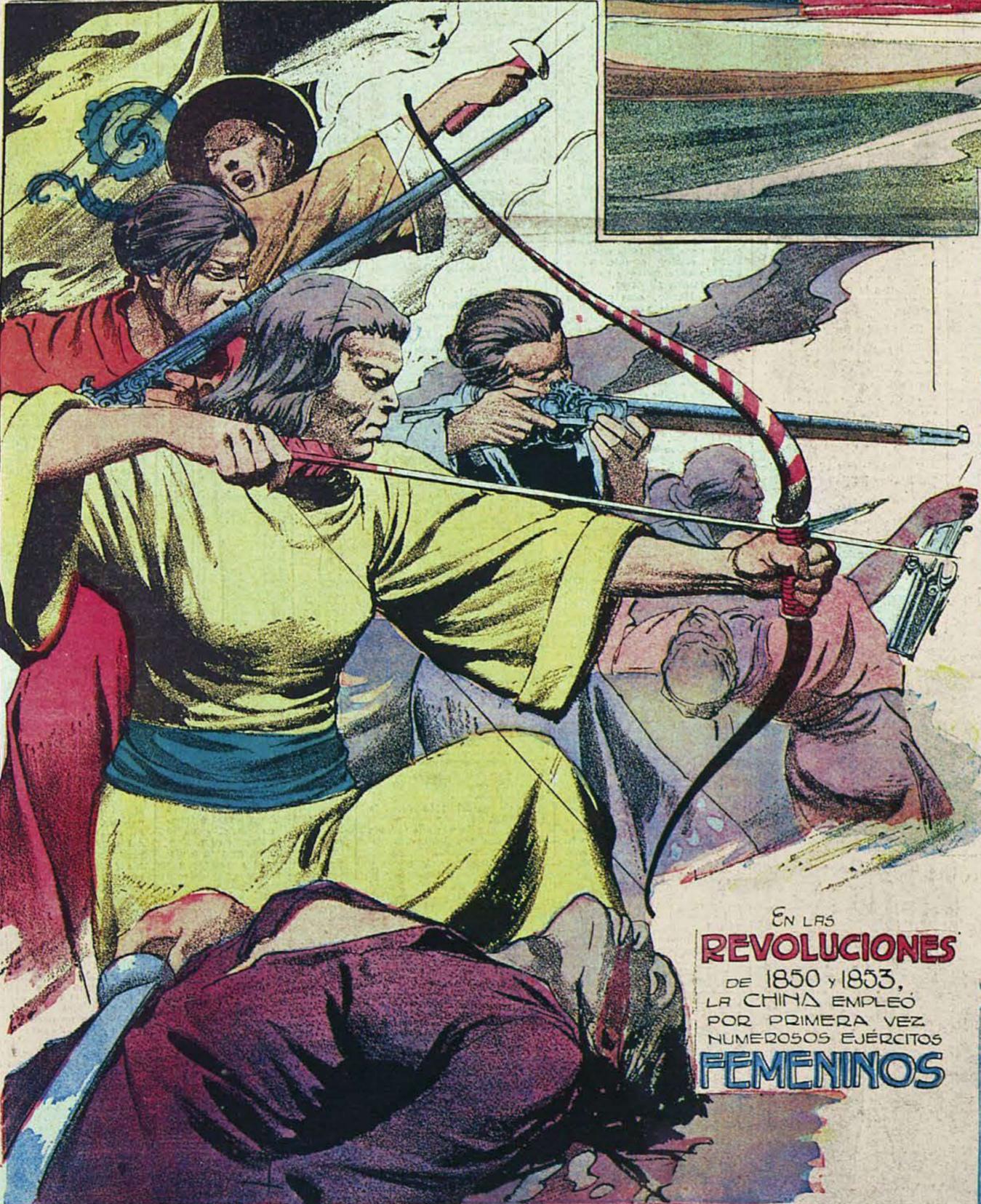
## VISTO Y OIDO ★ La tumba del primer hombre ★ por PREMIANI



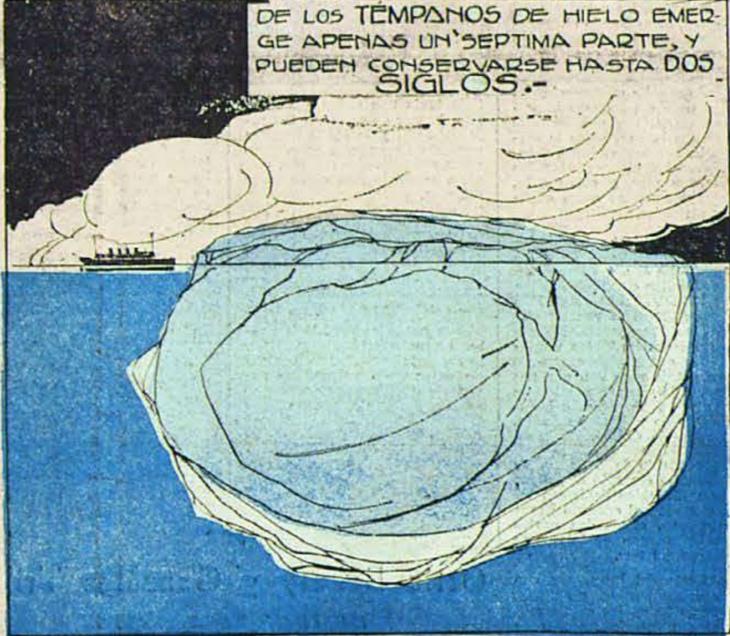
**SAPO BUEY**  
EL DE LAS GUYANAS Y DE LA AMERICA CENTRAL, ES DE SU ESPECIE EL QUE TIENE MAS POTENTE Y MAS HORRIBLE VOZ. SE INFLA COMO UN GLOBO AL CANTAR.



EL 13 DE NOVIEMBRE DE 1825 SE EFECTUO EN EL RIO DE LA PLATA EL PRIMER ENSAYO DE NAVEGACION A VAPOR CON UN BARCO TRAI DO DE EUROPA QUE EFECTUO EL VIAJE DE **BUENOS AIRES A SAN ISIDRO**, IDA Y VUELTA, EN 10 HORAS



EN LAS **REVOLUCIONES** DE 1850 y 1853, LA CHINA EMPLEO POR PRIMERA VEZ NUMEROSOS EJERCITOS **FEMENINOS**



DE LOS TEMPANOS DE HIELO EMERGE APENAS UN SEPTIMA PARTE, Y PUEDEN CONSERVARSE HASTA DOS SIGLOS.

UNA LEYENDA ARABE ASEGURA QUE ESTE EDIFICIO DE CEILAN ES LA **TUMBA** DE ADAN, QUIEN HABRIA MUERTO ALLI SEPARADO DE SU ESPOSA, CON LA QUE SE HABIA DISGUSTADO



# Cruces Sobre la Tierra

## U N viento negro azota las islas del Socorro. No hay estrellas. El agua de la lluvia es m u y fría. El mar no tiene piedad.

Por la cubierta de "Nuestra Señora de la Esperanza" corre el agua viscosa sobre las tablas oscuras, las cuerdas de esparto, las lonas cubiertas de sal.

Hay un hombre pálido, de ojos grises, de labios secos. Tierra los ojos clavados en la sombría costa de las islas. Piensa que allí, bajo las chozas, sentiría la lluvia golpear los cueros de guanaco con un sordo redoble de tambor, que allí, donde la llama del fuego se levanta alegre y vibrante, tendría un seguro refugio. Se llama Sarmiento de Gamboa.

Piensa en las hogueras cordiales, en los ojos negros de las indias, en la caliente carne de foca sobre las brasas, y tiene un estremecimiento. Siente el frío del agua; ve las costas sombrías de las islas del Socorro; después, nada más que el mar.

El mar, y siempre el mar. El mar que le trae recuerdos innumerales de sus vidas errantes.

El encuentro de las islas Desventuradas, que vimos con la primera luz del amanecer, a dieciocho leguas al Oeste, y fué un día de angustia, el 2 de febrero de 1580, cuando bautizamos con el nombre de tierra de la misericordia aquella región blanca, donde unos indios sumisos nos miraban asombrados, y en cuyo cielo se hizo un eclipse de luna, como si fuera un triste presagio.

Dos días más tarde nos acercamos a una isla de árboles verdes y extraños pájaros que no conocíamos. La llamamos Isla de los Pájaros.

Luego no vimos tierra hasta aquella que yo bauticé con el nombre de "Isla donde huye el viento". Allí vivía una tribu salvaje. Sus gritos parecían ululidos de lobos.

Allí desembarca Miguel de Aguirre con cuatro hombres. Sólo encuentran una osamenta y pirguas abandonadas.

Fué en la tierra que llamamos de "Nuestra Señora de la Esperanza", donde Sarmiento de Gamboa, el jefe más intrépido y el más audaz de los aventureros, fué herido por una flecha india. Todos pensamos que si Sarmiento de Gamboa moría, había llegado nuestra última hora.

El había jurado llegar con sus hombres a las soledades del Atlántico, atravesando el Estrecho, y llegaría. Nosotros lo acompañamos, y con él iríamos hasta la muerte.

Desde aquella medianoche del 25 de marzo en que apareció un arco iris, deslumbrándonos con su luz blanca, hasta la medianoche que hoy vivimos, cuántas tierras holladas, cuántos días de cielo y mar, y sobre todo, cuántas blasfemias entre súplicas y plegarias.

Y el recuerdo terrible de todos los sufrimientos, de tanta angustia. En el Cabo San Ignacio se estrellan cinco naves. Perdimos ochocientos hombres. Una mañana se hunde a nuestra vista la Nao Providencia. No pudimos socorrerla. Todos murieron. Sólo nos quedan cuatro de las veintitrés naos con que nos hicimos a la vela, en nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y Espíritu Santo, del puerto de Callao.

No era sólo la amenaza de la tierra, no era sólo el peligro del mar. También debíamos temer, entonces, al corsario Francisco Drake, cuyos dos navíos compañeros eran el terror de los mares del Sur.

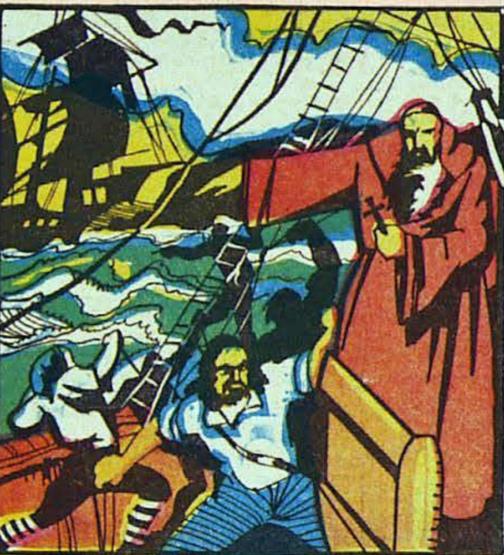
La Costa del Fuego era una amenaza implacable, y además, el peligro indio, las desavenencias, los odios, la traición de

**ORTIZ Behety y González Trillo**—Las exortaciones enumerativas y ardientes de "Tierra Sur", de "Ganaciones junto al fuego del vivac", de la novela "Diez adolescentes" y de "Querencia de Buenos Aires"—recrean aquí un desesperado episodio de los primeros navegantes que se enfrentaron con el mar patagónico.

los compañeros, y el hambre y la sed de muchos días sin esperanza.

Pasamos días sin ver tierra, navegando a ciegas. Cada día era una resurrección. Seguíamos confiados en Dios. Sabíamos que él nos amparaba. Aranzamcos frente a una inmensa bahía. Pudimos acercarnos a la costa. Fundamos la Ciudad del Nombre de Jesús en un valle con agua. Muchos muertos. El frío nos aniquila. Los heridos, inmovilizados, se hielan lentamente. Perdidos, destrozados por las tormentas, creíamos que cada día sería nuestra última jornada. Sarmiento de Gamboa, en señal de posesión, plantaba cruces en todas las islas que descubríamos.

Nos quedan dos naves. Juan de Villalobos es el capitán de la San Francisco, la nao menor.



Sólo tenía una orden que cumplir. Seguir de noche la luz roja del farol y de día la bandera capitana de nuestra nave. Pero no la cumplió. Tuvo miedo, quizá, o perdió la ruta en la noche del mar.

Vimos humaredas en la Isla de la Cruz. Estábamos cercados por trozos de hielo errantes. La tripulación quería regresar. Hubo un motín que sofocamos sangrientamente. Pero yo sentía que estábamos tentado a Dios.

Esa noche no durmió la gente. La proa está abierta. Hay que calafatearla. Las bombas no dejan de funcionar un solo instante. Pero las fuerzas se acaban. Se oye la voz de Fray Miguel, el franciscano: "Dadnos fuerzas, Señor, y ayudadnos si es que aún no debemos comparecer ante Vos".

Hav algo que nos alienta y

ánima. Hacemos un último esfuerzo.

El día se abre claro; hay cielo azul y bonanza en el mar. En el amanecer vemos tierra, cordilleras nevadas. Es una tierra hostil, hay una costa bravía, el mar golpea en los acantilados.

Al mediodía desembarcamos. Plantamos una cruz alta. Cantamos el Te Deum Laudamus, de rodillas. Muchos de nuestros hombres lloran. Sarmiento de Gamboa hace un mojón con piedras y lo cubre de ramas que corta con su espada. Es la señal de posesión. Al pie de la cruz, con letras cavadas, graba: "Abajo hay una carta".

La tierra es grande y misteriosa. En la arena hay huellas de pies desnudos. Un silencio infinito abarca todas las cosas. Sentimos una opresión.

Rastros de antas y venados.

—Volveré dentro de veinticinco días, si Dios nos ampara—nos dice.

Nos deja arcabuces, morriónes de cuero, algodón, mantas y provisiones para un mes.

Sólo al sexto día oímos gritos. Después vemos aparecer un grupo de indios por el lado del Oeste. Se muestran mansos y asombrados. Al principio nos traen provisiones, no a llaman hermanos. Pero cuando nuestros hombres secuestran a una muchacha india, nos hostilizaban en todas formas.

El calafate Gaspar Antonio es asesinado. Pedro de Aranda, herido en los ojos, queda ciego.

La india se va lejos, a una tierra sin huellas, cuyos confines nos están vedados.

Después dos días de niebla y de oscuridad, en que cuidamos al vacilante fuego de las hogueras como una cosa sagrada, mientras el humo espeso nos ampara. Noches en que el silencio es tan grande que sentimos ganas de morir. Y más allá, una tierra despedazada donde se arremolinan las corrientes.

Nos queda un poco de pan y media pipa de harina de rafees. Son nuestras últimas provisiones. Han pasado tres meses y Sarmiento de Gamboa no regresa. Sentimos crecer el peligro del hambre. Debo reducir la ración de mi gente. Tienen los ojos fijos en mí cuando hago el reparto; me miran con rencor, tienen para mí un silencio hostil.

En las noches sólo se oye el clamor del mar azotando la tierra.

La muerte nos cerca. Nos quedan solamente algunas sobras del pañol del pan. Logramos cazar pájaros ñiños. Comemos unas frutas silvestres, coloradas como cerezas, que nos producen dolores espantosos.

Matan a uno de mis hombres de confianza, a quien le había encargado la custodia de las provisiones. Se llevan todo y esa noche intentan hacer volar mi choza con el barril de pólvora que nos queda. Eran seis hombres; cinco son ahorcados, el cabecilla huye a los montes. Lo encontramos muerto, rígido, enterrado en la nieve. Se llamaba Juan Suárez.

Esto era en el buen tiempo. Ahora un círculo rojo en la luna anuncia tormenta y una exhalación como nunca vimos correr por el cielo.

Es la señal de la lluvia. Lluvia sin cesar durante quince días. Salimos enloquecidos de hambre a buscar raíces. Pedro Márquez encuentra una foca muerta. No quiere compartirla.

La guarda en una bolsa y esa noche la utiliza como almohada para que no se la roben. Pero es inútil; a la mañana siguiente lo encontramos muerto a puñaladas.

Ha pasado tiempo. Quizás Sarmiento de Gamboa haya muerto. Quizás "Nuestra Señora de la Esperanza" esté reposando en el fondo del Estrecho Madre de Dios.

Acaba de morir en mis brazos don Juan de Acuña. Es un día de sol. Anoche se ahorcaron dos hombres. Francisco Guzmán pide que lo maten.

Tenemos por tod'a comida una gaviota y yerba de los pantanos.

Algunos no resisten más. Hacen una canoa con troncos y se lanzan a la aventura. El mar los estrella contra la costa. Las olas arrojan sobre la arena los cadáveres despedazados por las rocas.

Tenemos los ojos ciegos por el frío. Ya no conseguimos encender hogueras. Ya no hay esperanzas.



## El Desfile

HASTA ese momento, el padre no había recibido la orden de presentarse al servicio militar, y aun cuando debía saber que no lo llamarían a las armas, se mostraba en aquel tiempo nerviosísimo. Cuando caminaba por el pasillo y el cartero hacía deslizar alguna carta por debajo de la puerta, se quedaba parado con la espalda contra la puerta. Tenía la impresión de que algo o alguien le tocaba y no se atrevía a dar la vuelta. Sólo cuando oía arrastrar el perro, que lo llamaba su hijo, que se cerraba alguna puerta en la casa, estridentaba un timbre o se interrumpía una risa, se sentía capaz de moverse. Dispuesto a todo, giraba la cabeza sobre el hombro y encontraba una carta cualquiera. Sus manos estaban mojadas, tenía que secarse, estaba completamente agotado cada vez que se repetía la misma situación.

Para Martín, esas primeras semanas de la guerra resultaron tumultuosas y magníficas. Sólo más tarde, cuando las recordaba, mes tras mes, dejáronle la sensación de escalofrío por las de las cosas lejanas y anti-páticas. Su padre trató una vez de hablarle sobre la guerra, pero Martín estaba caldeado y desprecupado. Tenía catorce años y la guerra no era para él más que una espeluznante novela de pieles rojas, formidablemente excitante. Con intervalos de días lo llamaban, junto con sus camaradas, al aula mayor del colegio. El director, un anciano huesudo, miope, que tosía continuamente, vociferaba unas palabras; luego cantaban un himno y finalmente seguía medio día de asueto. De esa forma se celebraban las victorias, cuarenta mil prisioneros, doce mil muertos.

—¡Doce mil muertos! —gritaba el niño haciendo irrupción, júbilo e inocente, en su hogar. ¡Asueto!

El perro, Brujo, un animalito de color marrón, con blandas orejas y mirada confidente, lo saludaba alegremente. La madre sonreía, pálida; el padre se levantaba y salía de la habitación.

Pasó un año. La gente se había acostumbrado a la guerra, la sentía como una nube pesada, como si lloviera incansablemente. Sucedió entonces, en el verano de 1916, que llegó la orden de presentación; el padre mismo la recibió de manos del mensajero, le dio una propina, cosa que jamás había hecho. El mensajero le dio las gracias, pero no bajó la escalera.

—¿Por qué no se va usted? —le preguntó el padre.

El mensajero sonrió, desconcertado, y de pronto volvió a sacar la moneda del bolsillo y, tendiéndosela al padre, le dijo: —Preferiría no tomarla.

—¿Téngala, téngala! — murmuró el padre.

—No, por favor, no — insistió el mensajero, miedoso. Y de repente, agregó: —Yo no tengo la culpa, señor.

El padre lo miró de hito en hito y tomó la moneda. Cerró la puerta y atravesó despacio el pasillo. Cuando puso la mano sobre la manija de la puerta del comedor, la miró largamente. Estaba gastada de sus propias manos, de las de su mujer y del muchacho.

Se recostó contra la pared del pasillo oscuro y creyó que tendría que morir de dolor.

A la noche, después de cenar, lo dijo.

Tenía cuarenta y tantos años, el entusiasmo había pasado en todas partes; nadie quería se-

guir, pero era necesario hacerlo. A la mañana del día subsiguiente se presentó.

Por lo pronto, fué instruido, y generalmente volvía muy tarde a su casa. Una vez regresó a mediodía, ocasionando a la madre un gran sobresalto. Ella estaba en la cocina y planchaba, cuando de repente, entró. En el primer momento de aturdimiento creyó que ya estaba muerto y que se presentaba su ánima. El se rió de ella y la apretó quedadamente contra su cuerpo. Su risa tenía el tono mitad burlón y mitad tierno de antes. La madre se sintió apaciblemente cobijada.

Entonces él le dio la noticia: —Mañana habrá desfile.

Pero ella no escuchó, lo abrazó fuertemente, se separó y una y otra vez lo tomó de sus manos, escondió la cabeza debajo de sus brazos y susurró, como todos los días:

—¿Dónde está papá? — preguntó Martín en voz baja, emocionado y al mismo tiempo que llegan los primeros soldados aprieta fuertemente la mano de la madre. Y pasó la banda.

Cientos, miles de hombres desfilaron delante de ellos. Buscan con la vista avidamente, al punto



de que llegaran a sudar por temor de que pudieran no encontrar al hombre que tratan de reconocer entre las incontadas filas de hombres grises e iguales. Desde su posición en la primera fila, Martín ve perfectamente, pero no alcanza a distinguir todos los rostros que pasan tan rápidamente delante suyo y se siente desoladoramente desamparado. Quisiera gritar "¡Alto!" para poder distinguir esas caras, pero una fila sigue incansablemente a la otra —clap, clap, una fila, y ya sigue otra— y todas son iguales: piernas, cuerpos, yelmos. Es algo terrible. Parece como si siempre volvieran los mismos hombres. Martín piensa: esos son maestros, almaceneros, fogoneros, alegres mozos de café. Y mientras mira a todos esos rostros que se desfilan, se pregunta: ¿Por qué marchan así? Y de pronto se acuerda de lo que irán a hacer esos hombres.

Repentinamente ve en todos ellos —cosa que nunca le había sucedido— como iluminados por un relámpago, la chipsa del asesino. Se siente presa del miedo,

temor y desamparo. Esto es un desierto, pienso.

—Los espectadores callan, y se por admiración o por temor o por la extraña impresión que les causan sus padres y esposos que les han sido quitados. Esos hombres, cuyos cuerpos conocen, son ahora maniqués del Estado. ¡Epa, cómo alzan las piernas!

De repente, en medio de un silencio desagradable, Brujo se pieza a gruñir. Aun no había perdido totalmente su miedo. Aun el muchacho siente su cuerpo cálido apretado contra sus piernas; pero antes de que lo grara calmarlo, el perro se mete entre las filas de los soldados grises.

Los curiosos quedan perplejos. Los soldados, que marchan al paso de parada, con las piernas estiradas, no se dieron cuenta todavía; sigue pasando una fila tras otra, como las aspas de un molino de viento, incesantemente. Ven el animal... y se pasaron. Pararon. Los rostros permanecieron inexpresivos, idénticos, como de estampas imitadas.

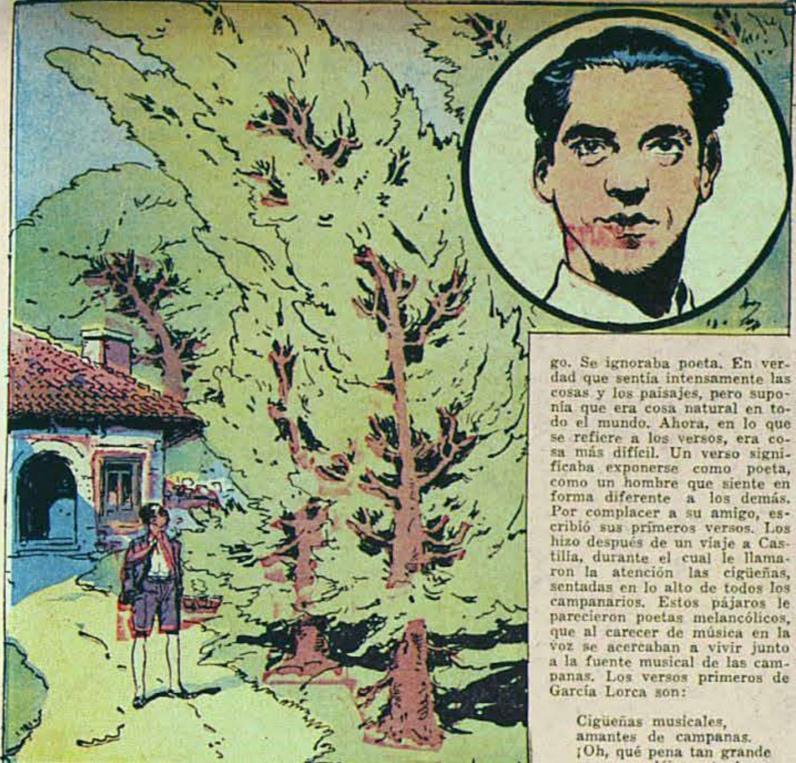
Brujo se quedó parado. Tiene miedo, como todos. Pero él repente alza la cabeza y —los dos retienen la respiración— salta jubilosamente contra un de esos muñecos. Martín lo reconoce. Es el padre, el bondadoso padre de la niñez, un veterano del desierto. Pero, ¿qué? ¿qué que marchando, sin mirar atrás, chap, clap, clap. Sus piernas se saltan jubilosamente porque faga tantas veces sobre ellas; se mueven como las hojas de un cortaplumas. Gris, perdido, amargado, pasa delante de la gente, como todos los demás. Martín ve que el padre reconoce a Brujo a pesar de que mantiene la mirada fijamente dirigida hacia adelante; empieza a temblar cuando el animal salta sus piernas. ¡Pero las piernas marchan, las piernas marchan! Levantan, arrullan, abajan, arrullan sin compasión, inconmoviblemente crueles —piensa Martín— Y tanto mayor es esa crueldad de parte del padre, por cuanto éste ha de saber lo ridículo que resulta. Martín quiere de repente la conciencia de lo que es guerra y quisiera morir. Siente que eso no es un juego, que es una violencia irresistible, fúgubre, grandiosa y ridícula.

El perro se asusta. Lo sorprenden las botas duras que lo tocan y lo vuelven a tocar. Es una muralla de miradas filias y de calor a sudor no se para, sino marcha. Pasará por encima de él. El animal lora, grita. Por una partícula de segundo, el niño cree observar en el rostro del padre un movimiento. ¡Se producirá un desorden en las filas! En ese momento aparece un suboficial. Un héroe. Primo hace "ch, tch", pero sólo consigue que el perro muera de miedo, las botas del padre dispuesto a no abandonar. Y el padre sigue levantando, bajando, levantando las piernas arrastrando a Brujo. Ahora el suboficial desventana la bayoneta y la hunde profundamente en el cuerpo del animal. Martín percibe el ruido, a pesar de los pasos. Entonces el suboficial levanta un poco la bayoneta; un pedazo de acero reluciente y el cuerpo de Brujo convulsionándose. Tira el cadáver, él sacude a un lado, fuera de las filas en marcha. Y vuelve a avanzar la bayoneta. Tiene un rostro serio, sombrío. Cuando hundió su arma en la carne de Brujo, su boca estaba abierta y relucían sus ojos.

Pero entretanto ya pasó la fila y la próxima. Martín lo sigue con la vista. Pero ahora el suboficial es uno de tantos confundido con todos, imposible de ser distinguido. Desde atrás, todos son iguales, el suboficial y todos. También el padre.

FOR  
**Ortiz Behety y González Trillo**  
ILUSTRACION DE TRINAS FOX





# La Vida de García Lorca, Poeta

amigos de España, que celebraron regocijados la aparición de un gran poeta. Lorca no podía escribir, pero siguió haciendo versos. Al hacerlos, se operaba en él un cambio sensible de temperamento, una especie de retorno a viejas emociones. Los recuerdos de niño volvían. Las cosas que antes le asombraban, le alegraban o le entristecían, regresaban a él con la misma fuerza emotiva de sus primeros años.

## EL AMOR A LA TIERRA

—Amo a la tierra, dice Lorca. Me siento ligado a ella en todas mis emociones. Mis más lejanos recuerdos de niño tienen sabor de tierra. La tierra, el campo, han hecho grandes cosas en mi vida. Los hijos de la tierra, los animales, las gentes campesinas, tienen sugerencias que llegan a muy pocos. Yo las captó ahora, con el mismo espíritu de mis años infantiles. De lo contrario, no hubiera podido escribir "Bodas de sangre". Este amor a la tierra me hizo conocer la primera manifestación artística. Es una breve historia digna de contarse.

## LOS ARADOS BRAVANT Y EL PRIMER ASOMBRO ARTISTICO

—Fué por el año 1906. Mi tierra, tierra de agricultores, había sido siempre arada por los viejos arados de madera, que apenas arañaban la superficie. Y en aquel año, algunos labradores adquirieron los nuevos arados Bravant—el nombre me ha quedado para siempre en el recuerdo—que habían sido premiados por su eficacia en la exposición de París del año 1900. Yo, niño curioso, seguía por todo el campo al vigoroso

arado de mi casa. Me gustaba ver cómo la enorme púa de acero abría un tajo en la tierra; tajo del que brotaban raíces en lugar de sangre. Una vez el arado se detuvo. Había tropezado en algo consistente. Un segundo más tarde la hoja brillante de acero sacaba de la tierra un mosaico romano. Tenía una inscripción que ahora no recuerdo, aunque no sé por qué acude a mi memoria el nombre de los pastores de Dafnis y Cloe.

## COMPLEJO AGRARIO

—Ese mi primer asombro artístico está unido a la tierra. Los nombres de Dafnis y Cloe tienen también sabor a tierra y amor. Mis primeras emociones están ligadas a la tierra y a los trabajos del campo. Por eso hay en mi vida un complejo agrario, que llamarían los psicoanalistas.

Sin este mi amor a la tierra, no hubiera podido escribir "Bodas de sangre". Y no hubiera tampoco empezado mi obra próxima: "Yerma". En la tierra encuentro una profunda sugestión de pobreza. Y amo la pobreza por sobre todas las cosas. No la pobreza sordida y hambrienta, sino la pobreza bienaventurada, simple, humilde, como el pan moreno.

experiencia y que tanto nombran los viejos, no la concibo. En una reunión de ancianos, yo no sabría decir una palabra. Me atrorizan esos ojos grises, lacrimosos, esos labios en continuo rictus, esas sonrisas maternales, ese afecto tan indeciso como puede serlo una cuerda que tire de nosotros hacia un abismo... Porque eso son los viejos. La cuerda, la ligazón que hay entre la vida joven y el abismo de la muerte.

Y la ha nombrado, García Lorca es un muchacho alegre, despreocupado hasta de sí mismo. Pero acaba de nombrar a la muerte y su rostro se ha transfigurado.

—La muerte... ¡Ah!... En cada cosa hay una insinuación de muerte. La quietud, el silencio, la serenidad, son aprendizajes. La muerte está en todas partes. Es la dominadora... Hay un comienzo de muerte en los ratos que estamos quietos. Cuando estamos en una reunión, hablando serenamente, mirad a los botines de los presentes. Los veréis quietos, horriblemente quietos. Son piezas sin gestos, mudas y sombrías, que en esos momentos no sirven para nada. Están comenzando a morir... Los botines, los pies, cuando están quietos, tienen un obsesivo aspecto de muerte. Al ver unos pies quietos, con esa quietud trágica que solamente los pies saben adquirir, uno piensa: Diez, veinte, cuarenta años más, y su quietud será absoluta. Tal vez unos minutos. Quizás una hora. La muerte está en ellos...

No puedo estar con los zapatos puestos, en la cama, como suelen hacer los tofos cuando se echan a descansar. En cuanto me miro los pies, me



ahoga la sensación de la muerte. Los pies así, apoyados sobre sus talones, con las plantillas hacia el frente, me hacen recordar a los pies de los muertos que ví cuando niño. Todos estaban en esa posición. Con los pies quietos, juntos, con zapatos sin estrenar... Y eso es la muerte.

Federico García Lorca ama el triunfo. Lo busca, lo provoca y

LOS hombres, en su mayoría,—dice García Lorca,—tienen una vida especial que usan como tarjeta de visita. Es la vida que se les conoce públicamente y que ellos mismos presentan diciendo: —"Yo soy éste", y que se les recibe pensando: —"Si usted lo dice..." Pero esa mayoría tiene también la otra vida, una vida gris, agazapada, torturante, diabólica, que trata de ocultar como un feo pecado. Mucha gente ha hecho su fortuna diciendo al oído de algunos ricos las siete palabras milagrosas: —"Me das Tanto, o lo digo Todo"... Ese Tanto es el secreto de la vida gris...

UNA VIDA DE NIÑO  
Cuando alguien pregunta a García Lorca por su vida, el poeta se asombra. —¿Mi vida? ¿Es que yo tengo vida? Estos mis años, todavía me parecen niños. Las emociones de la infancia están en mí. Yo no he salido de ellas. Contar mi vida sería hablar de lo que soy y la vida de uno es el relato de lo que se fue. Los recuerdos, hasta los de mi más alejada infancia, son en mí un apasionado tiempo presente...

Yo lo contaré. Es la primera vez que hablo de esto, que siempre ha sido mío solo, íntimo, tan privado, que ni yo mismo quise nunca analizarlo. Siendo niño, viví en pleno ambiente de naturaleza. Como todos los niños, adjudicaba a cada cosa, mueble, objeto, árbol, piedra, su personalidad. Conversaba con ellos y los amaba. En el patio de mi casa había unos chopos. Una tarde se me ocurrió que los chopos cantaban. El viento, al pasar por entre sus ramas, producía un ruido variado en tonos, que a mí se me antojó musical. Y yo solía pasarme las horas acompañando con mi voz la canción de los chopos... Otro día me detuve asombrado. Alguien pronunciaba mi nombre, separando las sílabas como si lo deletreara: —"Fe... de... ri... co..." Miré a todos lados y no vi a nadie. Sin embargo, en mis oídos seguía chicharreando mi nombre. Después de escuchar largo rato, encontré la razón. Eran las ramas de un chopo viejo, que al rozarse entre ellas producían un ruido monótono, queumbroso, que a mí me pareció mi nombre.

Y LOS AÑOS CORREN  
Los años pasaron. García Lorca, bajo la inteligente dirección de su madre, se inició en estudios musicales. Luego en estudios escolares. Después, ya librado a su propia dirección, fué a la Universidad. Encontró en el camino gentes malas y buenas. Pasó por ellas, tranquilamente. Se rodeó de amigos, pocos pero auténticos. Y desde entonces su vida está dividida en dos: la que vive para sus amigos y la que vive solo.

UN POETA RECIENTE HALLADO  
Hubo algunos años en la vida de Lorca, durante los cuales fué un espíritu en elaboración. Y otra tarde — los cambios en su vida ocurrieron así, repentinamente siempre — se descubrió poeta. Un amigo suyo estaba en Suiza curándose de una hemoptisis. Mantenían una fre-

cuenta correspondencia. Lorca, que nunca había salido de España, describía en sus cartas los paisajes suizos, tal como se los representaba su imaginación. Sus cartas tenían sabor, color y tonalidades de poemas. El amigo, entonces, le escribió, gritándole a grandes letras:

—"Federico, eres un poeta! ¡Debes escribir versos! ¡Envíame los primeros que hagas!"

A García Lorca le sorprendió ese descubrimiento de su ami-

Cigüeñas musicales, amantes de campanas. ¡Oh, qué pena tan grande que no podéis cantar!...

## EDELWEISS

La carta del amigo le trajo entre los pliegues una "edelweiss", la flor maravillosa de los Alpes. El amigo le decía: "Conserva esta flor, que dará mucha suerte". Esos primeros versos de Lorca fueron conocidos por sus

# Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



—¿Mi más grande emoción? La tuve ayer, acá, en Buenos Aires. Vino al teatro una señora preguntando por mí. La atendí. Era una mujer humilde. Vive en las afueras de la ciudad. Se enteró por CRITICA de mi llegada a Buenos Aires. En realidad, yo no me imaginaba el objeto de su visita. Y dejé que hablara. La mujer, cuidadosamente, desenvoltó algo, de entre unos papeles. Me miraba a los ojos y sonriendo, como si sonriera a un recuerdo, decía mi nombre: —"Federico...". Quién iba a decirlo... Federico... Y cuando desenvoltó su paquetito, sacó de él un retrato amarillento. El retrato de un niño. Y fué ese retrato, mi mayor emoción.

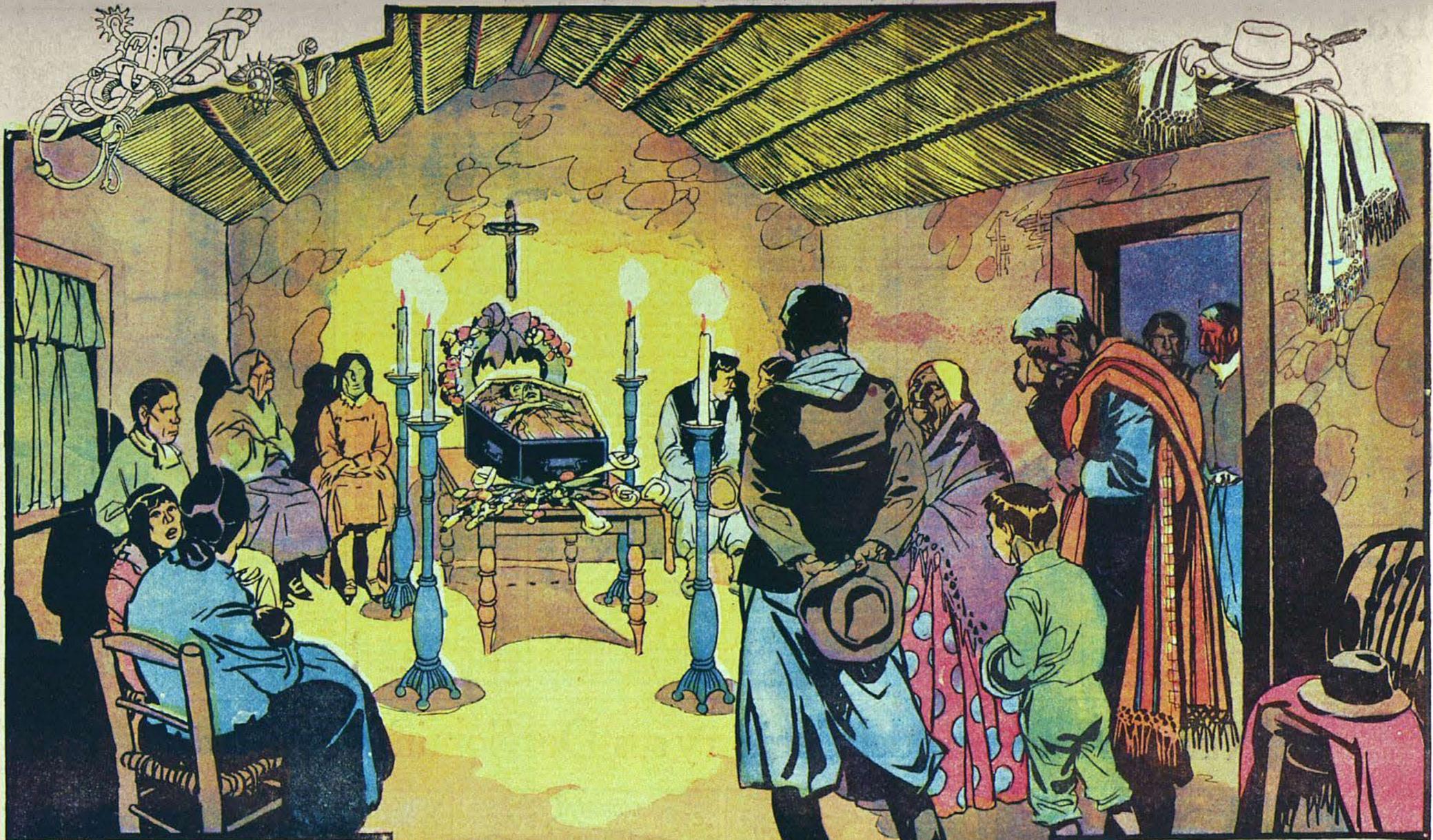
—¿Lo conoces, Federico? — me preguntó.  
—No, le contesté.  
—Pues, eres tú mismo. Cuando tenías un año. Yo te vi nacer. Era vecina de tus padres. Aquel día, el día que naciste, iba a ir con mi marido a una fiesta. Me quedé sin fiesta, porque tu mamá estaba mala. Ayudé en la casa. Y naciste tú. Este retrato era de cuando tenías un año. Ves esta quebradura del cartón? las hicieron tus manitas cuando el retrato era nuevo. Lo quebraste y esta quebradura del cartón es un lindo recuerdo para mí...

Así habló aquella buena mujer. Yo no supo qué hacer. Tuve ganas de llorar, de abrazarla, de besar el retrato, y sólo atiné a fijar mis ojos en la quebradura del cartón... Y hice eso yo, cuando tenía solamente un año. Y esa, mi primera obra, no sé si mala o buena, estaba delante mío... Después de esto, ¿qué más puedo decir?...  
Habíamos salido con García Lorca del teatro Avenida. Cuando pasamos en auto por frente al teatro, el poeta me señaló la cartelera, donde figuraba su nombre al lado de un adjetivo tropical.

—¿Ve usted eso? No puede imaginarse la vergüenza que me da el ver mi nombre así, en grande, expuesto al público. Tengo la sensación de estar desnudo ante la curiosidad de las gentes. No puedo soportar la exhibición de mi nombre. Pero debo tolerarla porque así lo exigen las necesidades del teatro. La primera vez que ví mi nombre así, en las calles, fué en Madrid. Mis amigos me llamaban alegre, ente, anunciándome que ya estaba en vías de fama. Pero a mí no me hizo gracia. Mi nombre estaba en las esquinas, ante la curiosidad de uno y la indiferencia de otros. Yo era mi nombre!... Eso, tan mío, puesto así, para que todos se sirvan de él! Y esto, que a otros daría tanta alegría, a mí me dió una pena profundísima. Era como si dejara de ser yo. Como si dentro mío se desdoblara una segunda persona, enemiga mía, para burlarse de mi timidez de todos esos cartelones. Es una cosa que no puedo evitar, que no puedo evitar, amigo mío!...

ILUSTRACION DE Pedro de Rojas

POR José R. Luna



EN medio de la noche se veía una luz. Hacía ella, por los caminos que sólo los conocedores del lugar podían hallar en las sombras, iban los paisanos, separados o en grupos, al tranco de sus caballos. No había apuro: El finado que a nochebuena no hubo quien le igualara, y que no dejó rancho al que no llegó, sobre todo si en él había mujeres bonitas; esperaba ahora aquietado para siempre que todos a la vez le pagaran tanta visita.

Poco a poco llegaban parientes, amigos, conocidos y hasta desconocidos que habían oído decir que esa noche había velorio. Ataban los fletes en los palenques o los maneaban dejándolos rienda arriba frente al largo rancho del cual salía un monótono rumor de voces. De cuando en cuando se detenía también entre los caballos de los finados algún sulky o carrito cargado de mujeres y chicos dormidos ya algunos en brazos de sus madres.

Todos desfilaban por la pieza en la que habían colocado al muerto, tendido en una mesa, vestido con una camisa blanca y cubierto hasta los hombros con un poncho claro, de vicuña, que comenzaba a mancharse de sangre en la parte superior del lado izquierdo, a la altura del corazón. Y los ojos de los viejos y los mozos se detenían por igual, largamente, en la cara empalidecida del cadáver y en aquella mortaja gaucha. Era el poncho bayo de los Bella Vista, la famosa prenda de don Tiburcio "Mano Larga" llamado más comúnmente, sin duda por lo ligero en contestar con el fierro a la menor provocación. Cuando Agapito, su nieto, lo alzó sacándolo de la vieja cómoda en que descansaba entre hojas de trebol de olor, le contó treinta y ocho zurdicos hechos por manos femeninas a lo largo de los tajos recibidos al parar en el aire el filo de quién sabe cuánta hoja diferente; y exclamó:

—Por poco se queda sin ponchu el viejo. ¡Ah tigre!

Su padre, un hombre tranquilo, porque esa era la característica familiar: en una generación un cuchillero, y en otra un varón sereno, le observó:

—Tené cuidado, muchacho.

Y éste, sonriéndole el alma agallada en los labios insolentes y echándose para atrás hasta en el ala quebrada del chambergo:

—Cuidado... tendrán que tener loj otroj, tata — respondió.

—Que sea lo que Dios quiera, pensó el viejo y se quedó mirando la huella ensangrentada de un recuerdo. Cinco años después vió que le llevaban el hijo, recostado en un amigo, sangolcándose sus miembros laxos con el movimiento de un birloche atado en cuya culata seguía al trote el oscuro del muchacho, llevando en los fletes de sus tientos de la grupa, el poncho bayo jugando un puñado de sus fletes sobre la paleta del lado del lazo. No tuvo necesidad de preguntarle qué había pasado. Colgó sus manos del travesaño del alero y aguardó. Las mujeres metieron bulla y se deshicieron en lágrimas. Sus hijos menores soltaron el dolor a lo macho, en interjecciones brutales y preguntaban quién había muerto al hermano para cobrarle su vida. De pronto, el terminó:

—Güeno, Bata.

Entonces todo fué ir y venir y cumplir órdenes para disponer todo lo necesario para el velorio. Con sus propias manos extendió el poncho sobre el cadáver del hijo. Contó los zurdicos: el doble de los que tenía cuando Agapito comenzó a usarlo. Sujetó un sollozo en la garganta. Salíó al patio componiéndose el pecho. Rodeó el rancho y se perdió detrás de las trojes. Los que lo vieron lo dejaron solo.

A la orilla de la mesa y a los costados del cuerpo, ardían cuatro grandes velas benditas, lagrimando estearina. Sentadas junto a las paredes de la pieza, las mujeres conversaban en voz queda y con los ojos bajos. Las más jóvenes miraban curiosamente a los hombres que entraban, se acercaban al muerto, lo observaban un instante mientras daban vuelta los sombreros en sus manos torpes y nerviosas, para salir luego en silencio, aventurando a veces una mirada hacia ellas, como buscando una entre todas. La gringa Yolanda, delgada como un tallo de álamo y elegante como una garza blanca, llamaba la atención de todos con su actitud asombrada, ante el cuerpo inmóvil del criollo a quien sus veinte años enteros habían amado precisamente por aquella vitalidad alegre y retona que parecía anunciarlo desde lejos, como el sonido de un cencerro de plata. Ella lo había esperado apoyada en la traquera los días en que él pasaba hacia el rancho de los Lucena, donde había tres muchachas morenas con ojos de gatas y andar ágil, seguro y alroso de viegas jóvenes. Y él, al pasar, envolviéndola en una mirada golosa, le dejaba caer por inexplicable contradicción, palabras ácidas y serenas que a ella se le antojaban bandadas de flamencos rosados volando hasta perderse en lejanos celajes cambiantes.

—¿Por qué no viene a casa? — le preguntó una vez —. Nos otros también tenemos yerba.

—¿Sí? ¿Quién sabe!

—Bueno, venga y verá.

Habiendo tenido un instante de vacilación, se recobró para responder:

—No, rubia. Gracias.

—¿Y por qué? — insistió ella en la tenacidad de su amor.

—Porque si me abaje, a lo mejor me qued'ra dormir, linda.

Y dando vuelta el caballo se alejó al trotecito, tarareando una canción, porque si era cierto que algo muy fuerte lo tiraba hacia la gringa, no era menos verdad que su corazón baqueano, se sabía sentir a tiempo y a pesar de tener el lazo de las gumpas, rondaba evitando el cimbronazo.

Sin embargo, todos los días tuvo que ir a lo de Lucena, a la caída del sol; y, cosa rara, nunca llegó hasta allí. Yolanda lo esperaba en la traquera.

Era el mayor de todos y como tal trabajaba durante el día sin darle descanso al cuerpo. Al volver a las casas sólo lo hacía para empicarse de paseo y cambiar caballo. Después rumbaba para el lado de la última querencia de su corazón blandito. Se alejaba al

## EL PONCHO BAYO

galope mientras las puntas del pañuelo se le agitaban en la espalda como diciendo adiós. Así había salido aquel día de fiesta que terminó en duelo. Era que la fama ya le andaba estorbando demasiado. Ni bien se apareaba en un rancho comenzaba ella a divulgar el hecho a gritos, a lo lechusa. Así fué como el padre y el primo de Yolanda, después de haber perdido un partido a las bochas y haber tenido que pagar el vino para varios paisanos más sedientos que unos medanos, la fama por boca de éstos, comenzó:

—Ché, Mariano — había preguntado un muchacho bombacudo, de gorra vasca, ordenador del tambuco de los Lucena y que por eso debía estar entorpecido de algo: ¿Bos sabés ande' stará' Gapito?

—¡Bah!... Dende que se ganó al rancho' de los Basile, no lo quemé el sol.

—¿Endebarab, ché? Entonces tiempo será lah estreyah.

—Eh, la purita verdad; pero el perro tiene saga ya y cual quier día bamoh a casamiento.

—Yo no creo qui Agapito haya mordido el anuelo. Sorro biejo, abe and'está la puert' y hitá sebau con carnesti'e gayina. Habrá' blau de casamiento, pero día a otro...

Y entre los comentarios de los criollos, el viejo Basile y el sobrino que desde su llegada de Italia no sólo había pensado en agachar el lomo sobre la tierra, reunir unos pesos y pedir a su tío que lo hiciera casarse con Yolanda; subieron al carrito y agarraron al trote largo para el lado de la chacra, dispuestos a acabar con el tal Agapito, porque para ello tenían razones diferentes.

—Ni susto leh bá pegar el otro.

—¿Quién sabe! Parece que se lo ban a comer.

—Con el primer bucho si-atoran. Bamoh a ber lo que pasa.

Así lo hicieron y como el sol estaba alto todavía, alcanzaron a ver que el carrito se detenía frente al rancho, cerca del cual estaba

manchado el oscuro de Agapito que los observaba parando las orejas, mientras el poncho bayo sobre el recado, batido por el viento de la tarde, parecía un ala en actitud de volar. Vieron cómo el primo de Yolanda, saltaba del carrito aun en movimiento, y entraba corriendo por una de las puertas del rancho para salir en seguida por otra, como alma que lleva el diablo, seguido de Agapito, y hasta oyeron el grito de éste:

—¿Cuidad con loh alambreh!

Soltaron una careajada de felicidad ante este triunfo fácil del criollo que en cierto modo y aunque más de uno lo quisiera realmente, no podía menos de enorgullecerlo. Y estaban llegando ya cuando vieron que el viejo Basile, que se había armado de una escopeta se le echaba a la cara como para quemar de un tiro al paisano, a quien inmediatamente cubría con su cuerpo Yolanda, lo cual produjo un segundo de indecisión en el tano, instante que fué

aprovechado — cuando no — por Agapito, ligero para tomar ventajita como buen criollo, saltó sobre el viejo amagando un revés con el cabo del rebuque, lo que hizo que Basile diera media vuelta como un trompo y tomara campo afuera, pidiendo perdón a gritos, mientras Agapito le pisaba los talones; y entre un tropel de botas y de tamangos se oyó que el muchacho gritaba:

—¡Paresé, biejo, que no le bi'asé nada!

Y en una de esas en que le tiró un manotón como a cazarlo por fin, y se le zafó, vieron que Basile tropezaba, caía al suelo y sonaba una detonación. Tras ella, ante el asombro de todos, Agapito se desplomaba sobre el pasto. Yolanda se abalanzó corriendo, furiosa, gritando como una loca sobre su hombre muerto por su padre. La pena furiosa que le acometió la urrojó sobre el padre que aun empujaba la escopeta, de la cual forcejaba Yolanda para arrebatársela con intenciones siniestras.

Rezaban hincadas las mujeres por el alma inquieta del finado. En su imaginación veían sin duda galopar por el recuerdo a las siluetas de todos los gauchos diablones que hacía tiempo dormían bajo tierra. Rezaban las mozas pensando en si sería cierto que aquella boca engañosa y charlatana del muchacho, no iría a mentir amor por otros pagos, y los paisanos que se agrupaban en la puerta pensaban en el destino triste de aquella cabeza tan gallarda y tan altiva y de aquel cuerpo tan fuerte y tan ágil en el trabajo y en la pelea, abatidos para siempre por un tiro de escopeta que no habían querido hacerle.

Y hasta la cocina amplia y acogedora llegaba el murmullo de los rezos. Entonces el padre del finado, terminó con estas palabras, la historia del poncho bayo:

—Por eso, por la bista ligerasa, al padre de mi agüelo se le yamó como nohotroh nob nombramoh. Mi tata al morir, biejo y pelador comu-el sólo, agarrándose el vacío, ande bi'ido a salirle la punta del faén que le clabaron di-atrah, me dijo, con l'última boquinda: este ponchu-es pal cachorro (ya era nacido Agapito). Ha'e salir de lay. Pero desile que nunca, entendeme, nunca, cuando lo tiré el cuchiyó lo dejé olvidado. Por eso me cortaron en loh brazos y por eso leh di tiempo-a que me cuadiyaran. El verme sangre me segó, y se me vieron como perros. Di haber tenido mi ponchu-a mano, otro gayo les cantara.

Tras una pausa el viejo prosiguió:

—Si el muchach'hubiera yebau el bayo con él, de seguro que la patera se debaba en la bicuina — dijo —, y se levantó componiéndose el pecho sonoramente, mientras salía hacia el corral con un pretexto cualquiera. Las rezadoras volvían a murmurar sus oraciones. Y todos enmudecieron. Sus cabezas se inclinaron y sus miradas se fijaron en el suelo. El silencio fué tal que se oía el zumbido de las moscas en la tetera del techo ennegrecido de humo. Pareció que una quietud extraña se apoderaba de todas aquellas gentes, sanas, fuertes y sencillas para quienes la vida giraba al parecer sólo alrededor de las cosas materiales y agradables. Hasta el sueño de los cuatro chiquilines que dormían tirados en unos cojinitos, en un rincón, sufrió una inexplicable agitación repentina.

—Eh el rosario... J dijo en voz baja uno, como respondiendo a una pregunta que todos habían oído formulada por alguien a quien nadie había visto.

—Ahh.

—Lo qu'eh la bista.

Un gauch'o de veras, con la frente alta y la voz grave y patusada que dan los años y la paz interior, comentó:

—Yo digo que la bid'eh a la beses com' un laso que sano y todo bien engrasas y qui-ha silbau en el aire tanto comu-el biento mesme; se aprieta cualquier día en el cogote di-un bagual, lo deja disparar, y al sacudirlo contra el suelo, justo en el momento del tiron... se corta.

—Así eh. Tiene rasón.

Después de un corto silencio, habló un mocito jactancioso:

—La bid'el hombre, don... porque la de la mujer nues-lo mehmho.

—No, señor... No. La bid'este muchacho, digo, que benimos a belar... ¿Por si acaso le pareci-a usté qu'era como la de lah hermanah? No disen lo mesmo loh que lu-han topau cuando-hasia la pat'ansa.

Otro más se despachó aún sobre el mismo tema. Era un hombre maduro, desconocido en el pago, de larga melena, ojos de sudador y boca triste:

—Yo digo que la bid'es com' un campo yano, verdeando por todas partes y por todas partes pintado de trebol, de verberna y flor morada; por el que un gusto galopiar con una cansión en los labios... Y el paisano se siente dueñu' todo y empina la cabeza sobre loh hombros y crai qu'en su pecho dentro toditu-el air'el campo.

—¡Sierto!

—Pero lo qui-uno no sab'eh ande, abajue qué manta florida ha ehtar el hormiguero a la cuba en qu'el flete ha'e meter la manu-hast'el brasuelo, pa bolcarse por sob'el tuse... Y no siempre'l paisanu-ha'e ser tan gauch'o como pa una parada, y entonsech... la vida lu-aprieta hasta la cabeza, lo castiga con l'anca y en el pecho qui-un momentu-anteh dentrab'agalopiar retosandu el aire, ba saliendo despacito, apretau en loh ultimo' resueyoh, como si el destinau alargara l'agonia abriendo loh ojos grande' como mirando el infierno, o asombrau y por qué no?, por l'hermosura imponente d'ese gran silencio eterno que debi-haber mah ayá...

La emoción apretaba el corazón de las mujeres presentes. Los hombres más duros tenían un gesto tierno en los rostros estrididos. Y el que así había hablado, permanecía con los codos afirmados en las rodillas, los ojos llenos de inmensidad, y en sus labios temblaba aún su última palabra.

Amanecía. En la pieza en que estaba el cadáver cuya faz se tornaba por momentos violácea sobre los pómulos, los cuatro velones lloraban estearina ante los tajos del poncho que su dueño ya no podría abandonar, para no encontrar el mal en el camino si se fin. Las mujeres epilogaban el último rezo con un apagado murmullo. Yolanda continuaba quemándose en las llamas de pasión y de dolor en que ardían sus místicos ojos de color cielo, silenciosamente.

Desde la lejantia opalina de los campos llegaba el estridente grito de los teros. El chingolo silbaba aguiereando la fresca carne de la mañana. Y un hornero saludaba con su metálica diana triunfal a una pareja joven que llegaba sigilosamente del lado del mal: el hombre pisaba con gallardía. Su compañera, en cuyas las gras crenchas parecía haberse refugiado la noche, tenía en las ojeras el tinte líla de ese minuto de aurora que ya rozaba la frente y en sus trenzas aún temblaban gotas de rocío.

POR

Patricio Lynch Pueyrredón

ILUSTRACIÓN DE RECHAIK

## Museo de la Confusión

Un gráfico noticioso, aprovechando el despeñamiento de cierto malogrado alpinista, se dedicó a descubrir los entretelones de algunos deudos ligados fuertemente al pésame ábrete. He aquí los informes:

El 4 de noviembre de 1926 contrajo enlace con la princesa Astrid de Suecia, hija del duque de Vaestergötland y de una sobrina del rey Gustavo. La ceremonia se realizó en la sala del trono del palacio real de Estocolmo.

Algunas líneas más abajo, agrega:

El matrimonio tuvo una primera hija el 11 de noviembre de 1917.

Este sistema de reproducción con efecto retroactivo no es de los más convenientes por las graves complicaciones que suele traer aparejadas. Se puede dar el caso, de persistir este principesco casal en la anomalía apuntada, que se le aparezcan derivados o descendientes de otras edades, así, primogénitos de la edad de piedra con pierna de palo, de la edad de oro con ojo de vidrio o aberraciones aun más deleznable, como ser extraños casos de ojo de palo y pierna de vidrio, visibles en benjamines y misyrazgos de épocas poco diferenciadas. Por lo que antecede se deduce que es preferible la superproducción de mamíferos pasado meridiano, estudiando, claro, algunos extremos, como sumantar la familia en artículo mortis o pós-

tumo, evitando que la sociedad conyugal sea rápidamente disuelta por asociación ilícita.

En cierta revista magazinesca, aparece semanalmente una sección de avisos, titulada Gula Matrimonial, en la cual se admiten algunos pedidos interesantes. Veamos:

B. 252. — Señorita joven y linda, perteneciente a familia distinguidísima, con bienes propios de fortuna que administran mis padres, 26 años, elegantísima en el vestir, figura muy interesante, silueta fina y moderna, ojos grandes, rasgados, cabello oscuro, ondulado, casarse con señor que pudiera acreditar parecidas condiciones espirituales.

Que las condiciones espirituales del oponente han de estar representadas por un par de botines Hannan, una peluca, una

partida de nacimiento, una escafandra usada con su tope de aluminio, un centonzo cubista, tres pesos moneda nacional y un restaurant con Barracas, no lo duda nadie, salvo la intelectual y despreocupada casantera.

B. 327. — Extranjero, de 26 años de edad, descendiente de una familia noble y de jerarquía militar, solo en el país, practica automovilismo, natación, tenis, baile, patinaje, equitación, desea casarse con señorita de sus condiciones y buena situación económica.

Encuentro perfectamente bien descendiente exclusiva de cabos rancheros, trompas de órdenes, imaginarias, centinelas alertas, desertores y chinas cuarteleras, desee casarse, pero me parece poco prudente busque una compañera de sus mismas condiciones, es decir, que practique el

naufragio, el sky, el neumático, el galope corto, el saque y la Academia o el Peringundin, sin antes secarar en qué momentos se ha de hacer atarde de estos ejercicios. A lo mejor no sincronizan y en medio de un baile, a la gentil esposa lo da por practicar equitación o se pone a inflar neumáticos en una cancha de tenis, a saltar obstáculos en una piscina, a nadar en un garage, a patinar en un cuartel, a romper la raqueta contra un surtidor o a llenar la fusta de niftas ante el asombro y las críticas de palafreneros, chaut-feurs, pelotaris, peces exóticos, bailarines, patinadores y arquitectos distribuidos estratégicamente.

Otro avisito. Este pertenece a una vida estanciera, con cierto capital y un hijo de tres años. Dice:

Bien conservada gracias a los cuidados con que ha atendido su persona, de carácter dulce, honestísimo y acrisolada moral, desea conocer señor, preferiblemente argentino, que sea un segundo padre para su niño.

Animula Vágula



# 3 Relatos Cerca de la Muerte

CUANDO a mi madre le relaté aquello que me sucedió en el pueblo de Médanos, me costó trabajo convencerla.

## Muerte

—Fue un sueño; quizás tenías fiebre.

—No; es cierto —yo replicaba— es extraño, pero fue la realidad.

Hacia ya un año que no podía conseguir trabajo. Me ofrecían para hacer cualquier cosa. Pero nadie contestaba a mis pedidos.

El pensamiento de ver a mis hermanitos sufrir hambre, me obsesionaba. Había abandonado a mis amigos, me volví huérfano y de noche iba por las calles de mi barrio, solo, sumido en un turbio ensueño de tristeza.

Fue entonces cuando Pedro, aquel muchacho con quien me había criado, me ofreció su ayuda.

—Trabajaremos a medias —me dijo, mientras el mozo nos servía café— Ernesto y "el negro" serán nuestros compañeros —añadió— presentándome a dos muchachos de unos veintidós años que vestían bien, como no podían disimular su origen humilde.

Verlos me inspiró. Yo no sabía qué hacer. Me sentía un inútil en medio de aquellos hombres que yo consideraba privilegiados.

Después Pedro dijo, mientras bajaba la cortina:

—El procedimiento es éste: comenzamos a las seis de la mañana a limpiar las personas de la casa que pagan un valet o un alquiler. Vos irás a ofrecerme, si te toman nos preparará

Apareció un hombre, alto, un poco encorvado, vestido de negro. Su mirada era sagaz y fría.

Se acercó y nos examinó a todos minuciosamente, mirándonos fijo en los ojos como si pretendiese descubrir en el fondo el misterio de cada uno o algún vestigio que pudiera desmentar nuestros sentimientos.

Por fin, después de casi media hora de examen y cuando ya empezaba a impacientarme, habló.

—Vd. — me dijo altivamente, haciéndome pasar a una sala inmensa, fría y húmeda.

Me hizo tomar asiento. Su voz era clara y penetrante. Hablaba muy despacio, con recelo. Medía las palabras.

Llamó al criado. Hizo éste una exagerada reverencia, con humildad servil y sin levantar los ojos del suelo esperó la orden de su amo.

—Sirva un poco de té, para el señor — ordenó.

Me extrañó mucho aquella cortesía.

En las paredes había algunos cuadros, retratos de mujeres, descoloridos por el tiempo. Una ventana con barras de hierro. Este detalle era muy interesante para mí.

rebro el plan para dar un golpe decisivo. Con la vista media cuantos pasos había de un mueble a otro, cuantos de la puerta interior a los muebles.

Cambió el tono de la conversación y dijo:

—Creo que es usted la persona que yo necesito.

Me miró fijamente y apoyando su mano sobre mi espalda, continuó:

—En el pueblo de Médanos tengo una casa, situada a tres leguas de la estación. Está deshabitada hace ya tiempo y necesito que alguien la cuide. Así que si Vd. acepta, no tiene más trabajo que cuidar la casa. Hay tres perros que la harán compañía. Ganará trescientos pesos mensuales.

Lo miré estupefacto a pesar de mis esfuerzos para mostrarme sereno.

—¿Qué hacer?... Verdaderamente era la oportunidad que yo había buscado durante tanto tiempo y que se me presentaba ahora como un milagro. Y no creí cometer ninguna traición aceptando un empleo tan generosamente retribuido y dejar de lado a esa gente dudosa que podría destruir mi vida.

Cuando llegué al pueblo de Médanos hacía mucho frío. Las casas bajas y blancas, parecían abandonadas en aquella inmensa llanura. Las calles eran solitarias y tristes.

Tomé un coche. Un jameño flaco tiraba trabajosamente. La marcha, pesada y lenta, me aburría. Me parecía que caminaba leguas y leguas. Sólo después de mucho camino vi una casa miserable. Veía hombres y mujeres de rostros tostados por el sol, que me miraban de una manera extraña, casi con asombro.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir sus efectos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo sudaba y de su boca salía una espuma blanca.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después vi el coche alejarse entre los árboles hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abri la puerta. Hizo un chirrido agudo como si hubiera estado clausurada durante años y años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

Se respiraba un olor a moño, a humedad. Había musgo en las paredes y mucho polvo sobre

Sentí hambre. Yo había traído provisiones para más de una semana. Hice fuego con algunos pedazos de leña que encontré en la cocina. Debía ser leña húmeda, porque se levantó una humareda espesa y asfixiante. Recalenté una tortilla de papas que me había preparado mi madre, abrí una lata de conserva. A pesar de una comida tan frugal, me sentí reconfortado.

En torno mío todo callaba. Los perros me seguían por todas partes, en aquella soledad eran mis compañeros inseparables.

Apagué la vela que daba una luz pálida y me acosté en un catre en aquella pieza inmensa.

Había un silencio total. No se oía nada más que el viento que soplaba entre los árboles. Empezó a llover.

Un golpe seco y los cristales de la ventana cayeron al suelo. Una mano blanca apareció en la oscuridad. Brillaba de una manera extraña.

Quise hablar y no pude. Parecía como si una cuerda me apretara la garganta.

Cruces blancas, ojos muertos, luces pálidas, llamas de fuego, cenizas y tierra y una niebla espesa y húmeda me rodearon.

Cuando reaccioné, la visión había desaparecido. Pasé una noche terrible. Aquella mano misteriosa la tenía siempre ante mis ojos. Era una visión obsesionante que me torturaba.

Creí volverme loco. La mano que había visto en la oscuridad parecía impregnada de una sustancia fosforescente.

En toda la noche no volvió a suceder nada anormal. La lluvia había cesado y el silencio era completo.

Pensé que el nuevo día, el verdor del campo, un buen paseo, me sacarían de aquel letargo de cosas confusas en que la visión me había sumido. Pero no fue así.

Durante el día no hice más que buscar rastros, algo que pudiese darme algún indicio de ser viviente, pero nada.

Pasé toda la noche sin dormir. El frío y el sueño me hacían doler los huesos, pero esa noche la mano no apareció.

Tres noches más pasé así.

La quinta noche, seguro ya de que no volvería más, me acosté, completamente tranquilo.

Pero cuando el sueño empezaba a hacerme pesar los párpados, vi la mano aparecer por la ventana.

Me acerqué. El corazón me latía precipitadamente. Sentía temor y curiosidad al mismo tiempo. La mano era pequeña y blanca, tenía las uñas muy brillantes. Me abalancé sobre ella. Sentí en mis manos una cosa fría y fugitiva. Oí un grito desesperado de mujer. Unos pasos ligeros y nada más.

Jadeante. Asustado. Me temblaban las piernas. La boca se caía. Estremecíame ante mi sombra, que se proyectaba en el suelo, me tendí en la cama y quedé quieto, muy quieto, temeroso.

Cada vez hacía más frío. Las hierbas húmedas nos mojaban las manos. Ya no podía cerrar las manos.

La noche caía sobre nosotros y tué entonces que sucedió aquello que no podré olvidar jamás.

De noche no dormía. Estaba siempre en acecho. Esperaba "aquello".

Pasaron dos noches sin que la mano apareciera. Los perros de mi lado compartían mi secreto. Ellos también sufrían el influjo de aquella mano, al verla, ladraban lúgubremente.

Lenta, blanca, pequeña, las uñas brillantes, la mano volvió a aparecer. Sin titubear, la sujeté fuertemente. La mano hacía esfuerzos desesperados para librarse. Yo tiraba con toda mi fuerza. Oí un grito terrible y doloroso y sentí entre mis manos una masa de carne fofa y fría.

Me invadió el terror y la arrojé al suelo. Encendí la luz y vi en el suelo aquella mano de mujer empapada en sangre.

A la mañana siguiente, bajo la ventana vi un surco de sangre. Seguí su huella, para ver qué camino había tomado, pero, desgraciadamente, se había perdido entre la maleza. En mi pieza, al lado de la ventana, había una gran mancha de sangre. Sentí miedo.

A pesar de tener en mi poder la mano que tanto había atormentado mis noches, sentí un no sé qué de terror que me daba frío y me obsesionaba.

Encerré la mano en un cajón. Estaba dura y helada. Parecía un pedazo de mármol tallado.

—Era posible que yo hubiera arrancado aquella mano del brazo de un ser viviente? Qué misterio encerraba aquello?

Pasé noches terribles. Sentía lamentos angustiosos. Llamados en las puertas. Golpes en las ventanas. Sentía llorar lúgubremente y una voz de mujer sollozar.

—¿Qué hacer? Corría para ver quién era, pero nada. Nada más que tinieblas divisaba y un silencio profundo, casi muerto.

Repentinamente los lamentos cesaron. Vi una sombra blanca girar en la pieza. Se acercó al cajón. Oí un grito de alegría. Las ventanas se abrieron con estrépito.

Me levanté de la cama sobresaltado, encontré el cajón abierto: ¡La mano había desaparecido!

MIEDO

Sólo sentí miedo y terror una noche, hace ya doce años.

Sall del pueblo —Colonia Elordi— en compañía de mi hermanito. Contaba él cuatro años, dos menos que yo. Iba como de costumbre, a buscar leña al bosque Estanguet. Era un día de invierno y hacía mucho frío.

Corrimos mucho para entrar en calor, y jugando y riendo, pasaron las horas sin sentirnos. Nos encontramos, de pronto, en una senda desconocida. Caminamos mucho... mucho... Lo recuerdo.

De pronto creía encontrar una huella conocida. A los gritos de alegría que lanzábamos respondía el eco profundo y misterioso de la soledad. Me había engañado. Nos encontramos perdidos, con la noche cerca y el pueblo quien sabe dónde...

Cada vez hacía más frío. Las hierbas húmedas nos mojaban las piernas. Ya no podía cerrar las manos.

La noche caía sobre nosotros y tué entonces que sucedió aquello que no podré olvidar jamás.

Estábamos en un bosque;

una selva negra de árboles deshojados. Solo los sauces conservaban sus hojas; sus sombras se hacían, al confundirse con la noche, terribles, impenetrables.

Estábamos completamente perdidos en aquel laberinto de árboles desnudos y fríos. Mi hermanito se había alejado demasiado de mí... Fue entonces que oí un grito terrible, agudo, que aun zumba en mis oídos. Después no oí nada más.

Corrí rápidamente hacia el lugar de donde llegaba aquel llamado angustioso. Lancé un grito de espanto. Temblaba como una hoja.

Allí estaba mi hermanito, bañado en sangre, colgado de un árbol. Tenía los ojos extraordinariamente abiertos. Llamé:

—¡Gabriel!... ¡Gabriel!...

Ninguna respuesta. Las pupilas quedaron inmóviles. Una rama puntiaguda le había atravesado la garganta y quedó allí, colgado.

—¿Qué hacer? Empecé a gritar como un loco. Mi voz se debatía en la soledad del bosque. Nadie contestaba. Me puse a llorar. Sentía las lágrimas surcar mis mejillas, despacio, hasta llegar a mi boca.

Tenía un miedo terrible. El cuerpo me temblaba. Sentía el corazón latir oprimido. No podía respirar. Corrí en todas direcciones, gritando. Pero... Sólo los árboles oían, y el eco

que contestaba tenía en aquel momento algo de lúgubre y de escalofriante.

Completamente agotado volví donde estaba mi hermanito. Aquellos ojos desorbitados me asustaban. Me arrodillé junto a su cuerpo. Le acaricié el cabello. Lo llamé. Nada. Todo su cuerpo estaba frío. Duro. Las manos crispadas.

Cuidadosamente le saqué la rama de sangre de la garganta. Estaba coagulada. Cargué el cuerpo inerte sobre el hombro y emprendí el camino. Rogué a Dios para que guiase mis pasos. Algunas gotas de sangre cayeron sobre mis manos. Sentía ganas de gritar, pero no podía.

Los árboles eran como fantasmagóricos, las ramas como brazos descarnados. Un laberinto de sombra y de soledad me cercaba. Vagué por el campo sin rumbo. Ni una luz divisaba para orientarme. El hermanito pesaba cada vez más. No podía soportar el peso. Las fuerzas me faltaron. Tuve miedo de caer. Un espanto horrible me oprimía el corazón.

Solo. Desesperado. Gritaba. Llamaba.

Caminaba a ciegas... solo con un dolor oscuro que me martirizaba por completo. ¿Dónde iba? ¿Dónde estaba?

Caminé hasta que no pude más. Sentí el pecho pronto a estallar. Me ahogaba. Tenía las manos rojas.

El menor movimiento de las ramas me asustaba. Vagué así casi toda la noche.

Dios escuchó mis ruegos. Y las primeras casas del pueblo. Las piernas ya no daban más. Cuando llegué, caí desmayado rodeado de sombras.

LA MUERTE

Caía la lluvia golpeando fuertemente las calles y surcando los vidrios de la ventana de mi cuarto y brillaban los cristales bajo el agua y la luz de una manera extraña.

De pronto una mano fría y pesada me apretó la garganta. Lancé un grito que se ahogó en un gemido. Hice esfuerzos desesperados para librarme de aquella mano que cada vez me apretaba más. Sentí que un sudor frío me cubría. Después un último temblor. Quedé ahogado sobre la cama.

Empecé a sentir gritos que llegaban como ecos lejano.

—¡Ha muerto!... ¡Mi hijo!

Era mi madre que lloraba. Sus cabellos sueltos caían sobre mi rostro. Sentía caer sus lágrimas sobre mis mejillas. La veía desgarrarse las carnes de las uñas como si con su sacrificio pretendiese darme nueva vida. Había acercado su boca a la mía como si con sus cálidos alientos tratara de devolverme el calor de la vida. Me cubría de besos y lágrimas.

—¡Hijo!... ¡Hijo!... — exclamaba entre sollozos.

No oía nada más que gritos desesperados, balbuceos, gemidos. Una tiniebla espesa y húmeda me rodeaba. Todo era negro. Sentía el cuerpo helado. La boca y los ojos aplastados por un enorme peso.

La pieza estaba llena de flores y de gente extraña. Había en medio de la pieza un ataúd negro. Brillaba la luz y las manijas y la madera. Todo.

A los gritos de mi madre se unía ahora el quejido angustioso de mi hermana.

Las otras mujeres y algunos hombres se esforzaban por separarlas de mi cama.

—¡Es mi hermano! —gritaba — ¡Déjeme! No lo verá más... Juan... Juan... —llamaba— Contéstame... Soy yo... Soy tu hermana... Juan... Contéstame... quiero ir contigo... ¡Juan!...

Después sentí que me transportaban. Ya estaba colocado en el féretro con un crucifijo entre las manos.

Cuando el cura pidió un poco de calma para leer los salmos de los muertos, todos callaron, menos mi madre, que no podía contener el llanto.

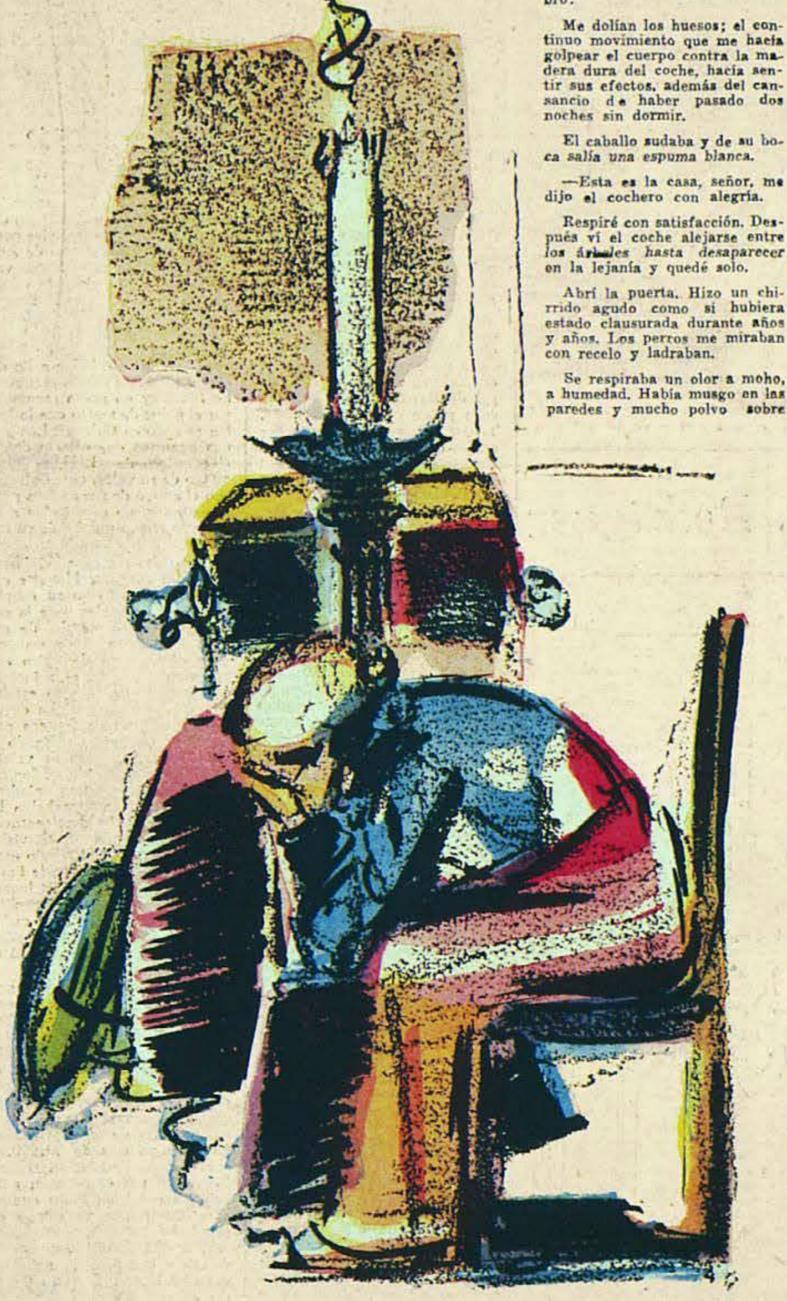
El cura recitó varias oraciones fúnebres y por último, levantando su mano derecha, dijo con tono solemne:

—Requiem aeternam dona eis, Domine.

Y el muchacho que lo ayudaba, mientras le ofrecía el hisopo, contestó:

—Et lux perpetua luceat eis. —Requiescant in pace. —Amén.

Y el cura esparció el agua bendita sobre el féretro.



el terreno, si no te toman harás el plano de la casa, estudiarás los detalles, y con esos elementos daremos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraron, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y caer una lluvia helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretujaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen — dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de lápidas de tumba.

Mientras tomaba el té, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? — me preguntó de improviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiese?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿Qué significa todo esto?

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, contesté:

los muebles. Creí hallarme en una tumba antigua haciendo descubrimientos arqueológicos.

Por los cristales de la ventana entraba una luz muerta. El cielo era negro. Se veían los relámpagos a lo lejos surcar el espacio.

La noche estaba cerca y a pesar de encontrarme muy cansado limpié aquellos muebles.

Una ola de polvo se levantó y me hizo estornudar. Visité toda la casa. Eran tres piezas grandes. Encontré algunos libros que me interesaron. Eran tratados de ciencias ocultas. Uno que todavía conservo, se titula: "El camino de las almas".

POR JUAN FUSCALDO

ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

# El Incrédulo Frente a la Cartomante

**H**AMLET observa a Horacio que existen más cosas en el cielo y en la tierra de lo que piensa nuestra filosofía. Era la misma explicación que daba la linda Rita al joven Camilo, un día viernes del mes de noviembre de 1869, cuando éste se reía de ella por que había ido, la víspera, a consultar a una cartomante. La diferencia está en que Rita lo hacía con palabras.

—¡Eh, eh! Ustedes, los hombres, son así; no creen en nada. Pues has de saber que fui, y que ella adivinó el motivo de la consulta, antes de que yo le dijera de lo que se trataba. Apenas empezó a echar las cartas, me dijo: "¿Usted quiere a una persona...?" Le confesé que sí, entonces ella siguió echando las cartas, las combinó, y al fin me declaró que yo tenía miedo de que tú me olvidases; pero que eso no tenía fundamento...

—¡Se equivocó! — interrumpió Camilo, riendo.

—¡No digas eso, Camilo! ¡Si supieses cómo he andado por causa tuya! Tú sabes: ya te lo dije. ¡No te rías de mí, no te rías!

Camilo le tomó las manos y la miró fijamente. Le juró que la quería mucho, que sus temores parecían de criatura. En todo caso, cuando tuviera algún recelo, la mejor cartomante era él mismo. Después la reconvinó, le dijo que era una imprudencia andar por esas casas. Videla podía llegar a saber, y después...

—¡Qué ha de llegar a saber! He puesto mucha cautela al entrar en la casa.

—¿Dónde está la casa?

—Aquí cerca, en la calle Guardia Vieja. No pasaba nadie en ese momento. Tranquilízate: no soy una tonta.

—¡Crees, de verdad, en esas cosas! — le preguntó.

Fue entonces que ella, sin saber que traducía a Hamlet en vulgar, le dijo que había mucha cosa misteriosa y verdadera en este mundo. Si él no creía, paciencia; pero la verdad es que

nacional, contra la voluntad del padre, que quería verlo médico; pero murió el padre y Camilo prefirió no ser nada, hasta que la madre le consiguió un empleo público. A principios de 1869, volvió Videla de la provincia en donde se casara con una joven hermosa y tonta; abandonó la magistratura y abrió estudio de abogado. Camilo le consiguió casa, hacia los lados de Beroffo, y fue a bordo a recibirlo.

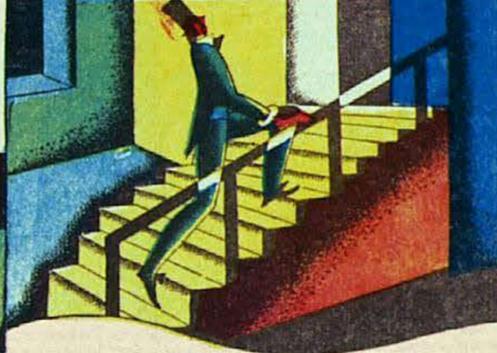
—¿Es usted? — exclamó Rita, extendiéndole la mano. No se imagina cómo mi marido lo estima. Me habla siempre de usted.

Camilo y Videla se miraron con ternura. Eran amigos de verdad. Después, Camilo se dijo para sí, que la mujer de Videla no desmentía las cartas del marido. Era, en verdad, graciosa y viva en sus gestos, ojos cálidos, boca fina e interrogativa. Era un poco mayor que ambos; contaba treinta años. Videla veintinueve y Camilo veintiseis. Mientras tanto, el porte grave de Videla lo hacía aparentar más viejo que la mujer. Camilo era un ingenuo de vida moral y práctica. Le faltaba tanto la acción del tiempo, como los lentes de cristal que la naturaleza pone en la cuna de algunos para adelantar los años. Ni experiencia ni intuición.

Uníronse los tres. La convivencia trajo la intimidad. Poco después murió la madre de Camilo, y en ese desastre, que lo fue, los dos se mostraron grandes amigos suyos. Videla se encargó del entierro, de los sufragios y del inventario; Rita trató especialmente del corazón, y nadie lo haría mejor.

Cómo de allí llegaron al amor, él nunca la supo. La verdad es que le gustaba pasarle las horas junto a ella; era su enfermera moral, casi su hermana; pero, principalmente, era mujer y bonita. Olor de femina; de ahí lo que él aspiraba en ella, y en derredor de ella, para incorporarlo a sí mismo.

Camilo le enseñó a jugar a las damas y al ajedrez, y jugaban por la noche; ella mal y él, para serle agradable, poco menos



le susurraba al oído las palabras de la misiva: "Ven, en seguida..." Y él veía las contorsiones del drama y temblaba.

La casa estaba enfrente. Sus plenas querían descender y entrar... Camilo se vio delante de un largo velo opaco... Pensó rápidamente en lo inexplicable de tantas cosas... La voz de la madre lo repetía una porción de casos extraordinarios; y la misma frase del príncipe de Dinamarca, revoloteaba dentro: "Hay más cosas en el cielo y en la tierra de lo que piensa tu filosofía..." "¿Qué perdía él, si...?"

Y se encontró en la vereda, junto a la puerta. Dijo al cocherito que esperase y rápidamente enfiló por el corredor, y subió la escalera. La luz era escasa, los escalones gastados, el pasamanos pegajoso; pero él no vio ni sintió nada. Trepó y llamó. Al no aparecer nadie, acudió a la idea de bajar; pero era tarde: la curiosidad lo fustigaba la sangre, sus sienes palpitaban. Volvió a llamar una, dos, tres veces. Acudió una mujer; era la cartomante. Camilo dijo que iba a consultarla, y ella lo hizo pasar. Entraron. De allí subieron al deván, por una escalera peor aun que la primera y más oscura. Arriba había una salita, apenas iluminada por una ventana que daba hacia el tejado de los fondos. Trastos viejos, paredes sombrías, un aire de pobreza que más bien aumentaba que destruía su prestigio.

La cartomante le hizo sentar delante de la mesa, sentándose ella en el lado opuesto, con las espaldas hacia la ventana, de manera que la poca luz de afuera diese de lleno en el rostro de Camilo. Abrió un cajón y sacó un mazo de cartas largas y manoseadas. Mientras las barajaba, rápidamente, miraba al consultado, no de frente, sino por debajo de los ojos. Era una mujer de unos cuarenta años, italiana, morena y flaca, con grandes ojos astutos y agudos. Dio vuelta tres cartas sobre la mesa y dijo:

—Veamos primero qué es lo que le trae aquí. Tiene usted una gran preocupación...

fiando dos hileras de dientes que demientan las uñas. En esa misma acción común, la mujer tenía un aire particular. Camilo, ansioso por salir, no sabía cómo pagar; ignoraba el precio.

—Pasas cuestan dinero — dijo al fin, sacando la cartera. ¿Cuántas desea mandar buscar?

—Pregunte a su corazón — respondió ella.

Camilo sacó un billete de diez mil reis, y se lo dio. Los ojos de la cartomante relampaguearon. El precio usual era dos mil reis.

—Bien se ve que usted la quiere de verdad... Y hace bien; ella gusta mucho de usted. Vaya tranquilo. Cuidado la escalera: es oscura... Póngase el sombrero...

La cartomante había guardado el dinero en el bolsillo, y bajaba con él, hablando, con una leve inflexión. Camilo se despidió de ella y bajó la escalera que conducía a la calle; mientras la cartomante, alegre con la paga, volvía a subir, canturreando una barcarola. Camilo encontró al tilbury que lo esperaba; la calle estaba libre. Subió y siguió al trote largo.

Todo le parecía ahora mejor; las cosas tenían otro aspecto, el cielo estaba limpio y las caras joviales. Llegó a reír de sus temores, que había pueriles; recordó los términos de la carta de Videla y reconoció que eran íntimos y familiares. ¿Dónde fue que descubrió la amenaza? Advirtió también que eran urgentes, y que había hecho mal en demorar tanto; podía muy bien tratarse de algún asunto grave, gravísimo.

—¡Eh! ¡Vamos de prisa! — repetía el cocherito.

Y para explicar la demora al amigo, ingenio algo; parece que formó también el plan de aprovechar el incidente para volver a la antigua asiduidad... Y en derredor del plan, revoloteábale en el alma las palabras de la cartomante.

En verdad, ella le había adivinado el objeto de la consul-



vo era una pasión frívola, le joven. La candidez generó la sorpresa. Las ausencias se prolongaron, y las visitas cesaron por completo. Es posible que entrase también en eso un poco de amor propio, una intención de disminuir las atenciones del marido, para tornarse menos dura la alevosía del acto.

Fue por ese tiempo que Rita, desconfiada y medrosa, corrió a casa de la cartomante para consultarla sobre la verdadera causa del proceder de Camilo. Hemos visto que la cartomante le restituyó la confianza y que el joven la comprendió por haber hecho lo que hizo.

Transcurrieron algunas semanas. Camilo volvió a recibir dos o tres cartas anónimas, tan apasionadas que no podían ser advertencia de la virtud, sino desprecio de algún pretendiente. Tal fue la opinión de Rita que, por otras palabras mal compuestas, formuló este pensamiento: la virtud es peregrina y avara, no gusta tiempo ni papel; sólo el interés es atractivo y pródigo.

No por eso Camilo quedó más tranquilizado; temía que el anónimo fuese a manos de Videla y la catástrofe vendría entonces, sin remedio. Rita concordó que era posible.

—Bien — dijo — yo me llevo los sobres para cotejar la letra con las cartas que por allí aparezcan. Si alguna fuese igual, la guardo y la rasgo...

No apareció ninguna. Pero, de ahí a algún tiempo, Videla empezó a mostrarse sombrío, hablando poco, como si desconfiase... Rita apresuró a decidirse al otro; y sobre ello se liberaron. La opinión de ella era que Camilo volviese a la casa de ellos, sondear al marido y poder, envolviéndolo por completo, le hizo estallar los huesos en un abrazo, y le vertió el veneno en la boca. El quedó aturrido y subyugado. Vejación, sustos, remordimientos, deseos, todo sintió, mezclados; pero la batalla fue breve y la victoria delirante. ¡Adios escrúpulos! No tardó en que el zapato se acomodase al pie y ahí se fueron ambos, calle afuera, de brazo dado, pisando holgadamente sobre las hierbas y pedregullos, sin padecer nada más que algunas saudades, cuando estaban ausentes el uno del otro. La confianza y la estimación de Videla continuaban siendo las mismas.

Un día, sin embargo, Camilo recibió una carta anónima, que lo llamaba inmoral y perdidó, y decía que la aventura era sabida de todos. Camilo cobró miedo, y a fin de desviar las sospechas, comenzó a volver sus visitas a la casa de Videla. Esto le hizo notar las ausencias. Camilo respondió que el moti-

## Por MACHADO DE ASIS

Ilustración de GUEVARA

Imaginariamente vió la punta de la oreja de un drama, Rita subyugada y lacrimosa, Videla indignado, trincando la pluma y escribiendo la misiva, seguro de que él acudiría, y esperándole para matarlo. Camilo se estremeció, tenía miedo; después sonrió, amarillo. En todo caso le repugnaba la idea de retroceder, y siguió andando. En el camino se acordó de ir a su casa; podía encontrar algún recado de Rita que le explicase

todo. No encontró nada, ni a nadie. Volvió a la calle y la idea de que fueron descubiertos le parecía cada vez más verosímil.

Era natural una denuncia anónima, hasta de la misma persona que lo amenazara antes. Bien podía ser que Videla, ahora conociese todo. La misma suspensión de sus visitas, sin motivo aparente, apenas con un pretexto fútil, vendría a confirmar lo demás.

## BIBLIOGRAFIA

**Eduardo Schiaffino: La pintura y la escultura en Argentina (1783-1894)**

No es exagerado afirmar que las historias de la pintura se pueden dividir en tres clases abominables: a) las cometidas por personas que entienden de escribir y no de pintar; b) las cometidas por personas que entienden de pintar y no de escribir; c) las cometidas por "ambizudos" que ignoran esas dos actividades con igual perfección. Las del grupo b) son casi tan nefastas como las últimas, ya que la ignorancia de los pintores, aunque no alcance la soberbia y la plenitud de la de cualquier escultor, supera fácilmente a la que manejan los literatos — que no es despreciable tampoco. El pintor llamado "pompiet" (denigración inadmisiblemente de un término que habla de una profesión terrible y ardiente, muy saludada por Walt Whitman) solía atormentar algún episodio de la mitología greco-romana; el nuevo puede recordarse de esa ardua erudición, innecesaria para su apetecida acumulación de guitarras despedazadas, arlequines inválidos, pipas sin fumador, tituladas sueltas de diario, botellones de aules y otros melancólicos atributos.

Los tres peligros verosímiles de que hablé han sido descartados ab initio en este libro totalmente admirable de Don Eduardo Schiaffino; distinguido pintor y espontáneo y rico prosista.

Entiendo que la primera de esas actividades le ha procurado más renombre que la segunda: nuestro público ignora con injusticia (y con detrimento y pérdida propia) la obra de Schiaffino, escritor. Básteme recordar aquí su debate con ciertos periodistas madrileños de esos que están desinfectando perpetuamente el delicado idioma español, siempre contaminado de

galicismos, cuando no de americanismos. Schiaffino (invirtiendo el orden habitual de esas controversias) argumentó que España, con sus provincialismos adulados por la Academia, con su gallico-portugués, su catalán, su bable, su caló agitanado, su mallorquín, sus aragonesismos y andalucismos, su dialecto extremeño, su Muñoz Seca, su vascuense y su Arribech, importaba un serio peligro para la pureza del castellano, un peligro que debíamos rechazar...

La pintura y la escultura en Argentina no es de esos libros que haragana y lánguidamente se dejan leer: es de los que conquistan y estimulan la atención del lector. La iconografía de San Martín, los caudillos de nuestras contiendas civiles, la iconografía de Rosas, la dulce y sangüinaria plebe rosina que seataba, mateaba y guitarrea a la sombra creciente de los castillos que despachaban un cansancio de leguas, en el Huecodel las Cabecitas, en Monserrate, las diversas indumentarias del gaucho (desde aquel andaluz de chiripa que allíje tanto a Rossi, que lo requiere desvestido, charrúa y antiespañol) las glorias y perances de la pintura militar en esta república, el arte de Vidal, de Prillidiano Pueyrecedón y de Pellegrini, la Fundación del Ateneo, el pensativo elogio de Eduardo Wilde a la *Fiebre amarilla* de Bienes, la codicia lujuriosa y anacrónica de Ricardo Gutiérrez, que pretendía "cient nacional" por un artículo; he aquí algunos de los temas a que nos invitan las páginas.

De la pintura y escultura argentinas habla Schiaffino, pero su estudio es un testimonio fehaciente, de otro arte nacional, que yo sospechaba casi perdido (como el de componer tangos felices): el de la irónica y cortés prosa eriolá, prosa de Buenos Aires.

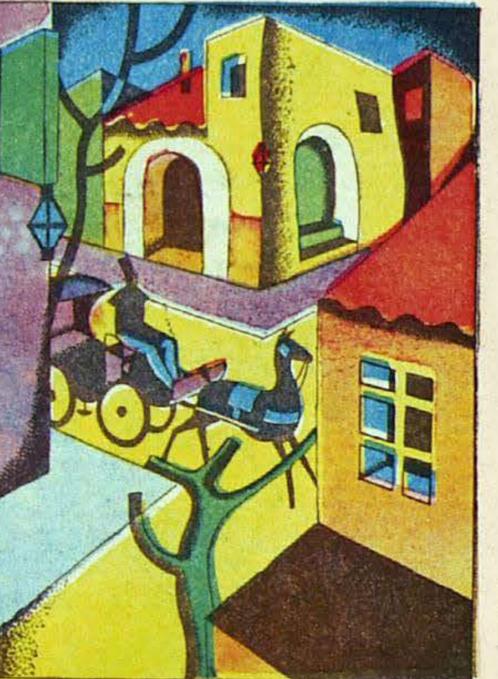
—Cuanto antes, mejor — pensó — no puedo seguir así...

Pero el mismo trote del caballo vino a agravarle la conmoción. El tiempo velaba, y no tardaría en enfrentar el peligro. Casi al final de la calle Guardia Vieja, el vehículo tuvo que parar. La calle estaba obstruida por un carro que había volcado. Camilo ponderó el obstáculo y esperó. Al cabo de cinco minutos, advirtió que al lado, a la izquierda, junto al tilbury, quedaba la casa de la cartomante a quien Rita había consultado una vez, y nunca dejó de tanto crear en la intención de las cartas. Miró y vió las ventanas cerradas, cuando todas las demás estaban abiertas y llenas de curiosos del incidente callejero. Diríase la morada del indiferente Destino.

Camilo se reclinó en el tilbury, para no ver nada. Su agitación era grande, extraordinaria y del fondo de las capas morales emergían algunos fantasmas de otro tiempo: las viejas creencias, las supersticiones antiguas. El cocherito le propuso volver a la primera calle transversal, e ir por otro camino. El joven respondió que no, que esperase, y se inclinaba para mirar la casa... Después hizo un gesto incrédulo: era la idea de ir a la cartomante, que pasaba a lo lejos, muy lejos, con amplias alas grises; desapareció, reapareció y volvió a desvanecerse en el cerebro. Pero de ahí a poco, otra vez, las alas, más cerca, haciendo unos giros concéntricos...

En la calle, gritaban los hombres, zafando al carro: —¡Anda! ¡Ahora! ¡Empujat! ¡Ah!...

De ahí a poco el obstáculo estaría removido. Camilo cerraba los ojos, pensaba en otras cosas; pero la voz del marido



Camilo, maravillado, hizo un gesto afirmativo.

—Y desea saber — continuó ella — si le acontecerá algo, o no...

—A mí y a ella — explicó vivamente él.

La cartomante no sonrió; le dijo que esperase. Rápidamente volvió a tomar el mazo de cartas y las barajó, con sus largos dedos finos, de uñas desmenuadas. Las meció bien; cortó el mazo una, dos, tres veces, después empezó a exponerlas. Camilo tenía los ojos puestos en ella, curioso, ansioso.

—Las cartas me dicen...

Camilo se inclinó para beber una a una las palabras. Ella le declaró, entonces, que nada temiese. Nada acontecería ni a uno ni a otro; él, el tercero, ignoraba todo. Sin embargo, era indispensable andar con mucha cautela; hervían las envidias y los desprecios. Le habló del amor que los unía, de la belleza de Rita... Camilo estaba deslumbrado.

La cartomante acabó, recogió las cartas y las encerró en la gaveta.

—Ha restituido usted la paz a mi espíritu — dijo él, extendiendo la mano por encima de la mesa y apretando la de la cartomante.

Esta se levantó riendo.

—Vaya usted — dijo — vaya, ragazzo innamorato...

Y de pie, con el índice, le tocó la frente.

Camilo se estremeció, como si fuese la mano de la misma Sibila y se levantó también. La cartomante fue a la cómoda, sobre la cual había un plato con pasas de uva, sacó un cacho de ellas, comenzó a desmenuarlas y a comerlas, enseñan-

do su estado, la existencia de un tercero ¿por qué, pues, no había de adivinar el resto? El presente que se ignoraba valía el futuro. Era así, lentas y continuas, que las viejas creencias del joven iban volviendo a su espíritu y el misterio lo afebraba de nuevo con sus uñas de hierro. A veces quería reír, y se reía de sí mismo, un tanto avergonzado; pero la mujer, las cartas, las palabras secas y afirmativas, la exhortación: "Vaya, vaya usted, ragazzo innamorato", y al fin, a lo lejos la barcarola de la despedida, lenta y graciosa. Tales eran los elementos recientes que formaban, con los antiguos, una fe nueva y vivaz.

La verdad es que su corazón iba alegre e impaciente, pensando en las horas felices de otrora y en las que habían de venir. Al pasar por Gloria, Camilo miró hacia el mar, extendió la mirada hacia afuera, hasta donde el agua y el cielo se dar un abrazo íntimo, y así tuvo la sensación del futuro, largo interminable.

A poco llegó a la casa de Videla. Apesadumado, empujó la verja de hierro del jardín y entró. La casa estaba silenciosa. Subió los seis escalones de piedra y apenas tuvo tiempo de llamar, la puerta se abrió apareciéndose Videla.

—Disculpa, no he podido venir más temprano. ¿Qué pasa?

Videla no le respondió; tenía las facciones descompuestas; le hizo una seña y fueron hacia una salita interior.

Al entrar, Camilo no pudo sofocar un grito de terror: el fondo, sobre el canapé, estaba Rita muerta, ensangrentada. Videla lo asió de la solapa y, con dos tiros de revólver, lo desplomó, muerto, en el suelo.

# ¿Habrá Guerra?

## Peloponeso y Jazmín

★ por Hamlin

LOS retratos de Andrés Malraux presentan un aspecto al mismo tiempo que su rostro, un cuerpo siempre en movimiento, como saliendo de sí mismo, echando puntas al exterior y retornando, frente a menudo inclinado, boca tensa, gestos del dedo, y, en verdad, gestos del semblante, como de una mano móvil. Ausencia de sonrisas. Una sorprendente "puntuación" en la voz, comillas, paréntesis, guiones; una voz clara y retorzada, referida a veces. Una conversación con Andrés Malraux es una conversación a ratos sólo porque se dice también: romper lanzas.

### Reportaje a Andrés Malraux

te" entre Alemania Polonia de un lado, Rusia del otro. El intelectual que destina su pensamiento a la política está siempre mortificado por esto de que la política es un destino en el cual la originalidad, el descubrimiento, cuentan mucho menos que la elección y el discernimiento. Lo esencial aquí es determinar cuáles fuerzas se oponen".

Pregunto: "¿dentro del estado actual de las cosas, ¿un acuerdo franco-alemán no supone una orientación de Francia hacia el fascismo, hacia un fascismo?"

—No creo en el fascismo en Francia. Se engaña uno siempre confundiendo fascismo y autoridad. La autoridad en Francia puede muy bien no ser tomada por una persona, por un grupo de partidarios

voluntad nace siempre de un peligro. La clase en peligro, es el fascismo. Pero la nación en peligro, es el jacobinismo. Y el francés más amenazado en su nación que en su clase, será jacobino y no fascista.

—Es muy cierto que un ser pensante no puede, hoy día, aceptar, ni pensar siquiera el fenómeno "régimen francés" tal como está sentado. "El gobierno da beneficios a grupos que, en cambio, le dan votos", es un poco breve. Pero no es una razón para desembocar en el fascismo".

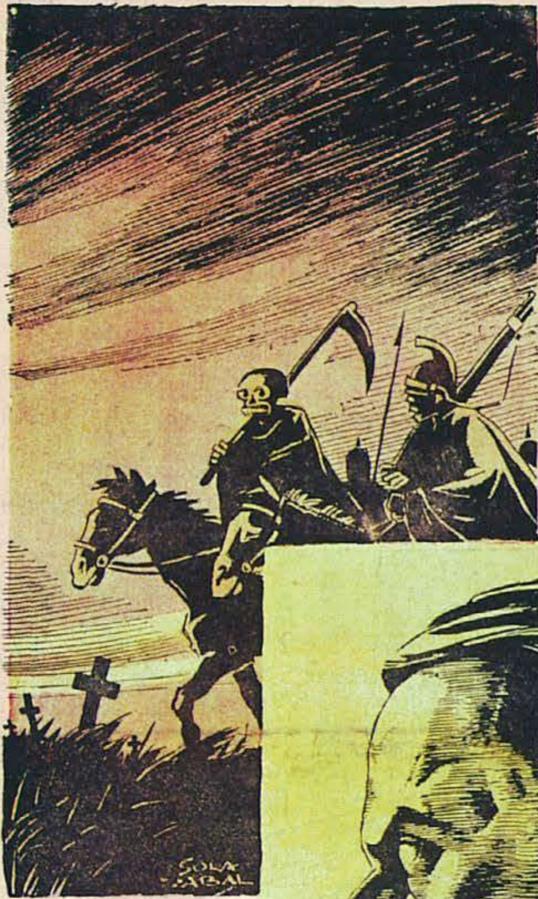
—Un cambio de este género facilitaría evidentemente una reconciliación práctica entre Francia y Alemania.

—Alemania tiene necesidad. Alemania no puede quedar en la situación actual. Olvidase que su industria fué construída para su imperio, no para ella: Austria-Hungría, Turquía, colonias turcas, —y, parcialmente, Rusia y Asia. Como la industria americana, pero por distintos caminos, la industria alemana trabajaba "para su porvenir". Todo eso está perdido. Alemania no es más la potencia imperial que antes era, y sus vecinos empiezan a invadir sus mercados. Una potencia industrial, compuesta sobre el tema del BAGDAD BAHN, para 130 millones de hombres, continúa funcionando para 50 millones. Diez millones de obreros están previstos en un país, una usina, donde ciento dieciocho mil bastarían... ¿Entonces? Un fascista alemán lúcido decía: "La verdadera solución sería matar seis millones de proletarios alemanes". Los años de un pueblo no cuentan con muchos medios para lograr la supresión de seis millones de hombres".

—¿La guerra?

—Una guerra. Rusia parece indicada para servir de blanco. Durante años el partido comunista ha gritado que la U. R. S. S. estaba amenazada. No siempre era verdad. Hoy es cierto y "es la gran cuestión de Europa". Es con respecto a esto que se debe fallar.

"No creo en una "biología política" que permitirá prever



—Es claro, dijo Andrés Malraux, que hoy el juego está en hacer un bloque Francia-Alemania-Polonia contra Rusia. Se pretende que son los "negociantes en cañones" los que empujan a esta guerra. Sería necesario matizar. Por cierto que pienso siempre en lo que decía en el mitin por el retorno de los obreros de la U. R. S. S. que alrededor de las losas de los soldados desconocidos se pasean un poco en demasía negociantes de cañones desconocidos. Pero el interés de los negociantes de cañones franceses es más bien hoy día que los pueblos se armen sin batirse: saben bien que sería imposible movilizar esta vez a los franceses si los beneficios les corresponden a ellos, si el gobierno no empieza por la nacionalización de las industrias de guerra. El ideal del negociante de cañones sería la paz superarmada, antes que la guerra. Y, además, titubearán en no economizar en el fascismo lo que no economizarían en Alemania.

—Pero hay que tener en cuenta a la opinión. No está muy caliente para la guerra. Se la calentará. Bueno. Mírenos un poco esta operación. La prensa del Comité de las Herrerías es, en resumen, favorable a la entente con Hitler. La de los trusts mundiales del petróleo, Royal y Standard, y de los bancos que a ellos están unidos, es francamente favorable a Hitler, francamente orientada contra Rusia. Si quiere Vd. leer con atención, "Le Matin", en este momento, es realmente interesante. Pasemos. Sucede esto, que es curioso: de una parte, un poderoso grupo de intereses económicos que prepara en Francia, a un vencimiento de plazo más cercano (petróleo) o más lejano (Comité de las Herrerías) la guerra contra Rusia; de otra parte, fuerzas políticas "de izquierda", que valen lo que valen, que me excitan con moderación, pero que con toda evidencia se oponen solas con alguna importancia a esta guerra.

—Añada Vd. que una de las más grandes dificultades del régimen nazi es encontrar nuevos empréstitos, y que Hitler puede confiar en que encontrará como caballero teutónico en cruzada contra los paganos bolcheviques, lo que muy poco encuentra por el momento.

—¿Difícil de hacer marchar a los franceses con Alemania? Si. Pero hay artimañas. La cosa sucede "primeramen-

alrededor de un jefe. La voluntad imperial de Napoleón fué menos grande y menos eficaz que la voluntad revolucionaria de los Comités de la Convención. La inclinación a la autoridad, a menudo es viva en Francia, pero la de la libertad también (siendo, desde luego, estas dos ideas perfectamente impensables, y no correspondiendo apenas más que a actitudes).

—"El Imperio, es Napoleón, pero es también Napoleón III. El rey es Luis XIV, es también Carlos XI, y, en resumen, cuentas, la República, es Panamá, pero es también la Convención".

—Pero una autoridad colectiva degenera pronto.

—Napoleón III no se sostuvo tampoco muy brillantemente. Ni así mismo, en verdad —aunque de otro modo— Napoleón I después de 1812: el ideal del Estado no es el refuerzo de la policía. Me parece difícil considerar a los gobiernos de autoridad de otro modo que como acertadas coyunturas entre el deseo que se tiene —una voluntad nacional confusa y al acecho— y una persona o un grupo dados. Lo más interesante estaría en saber cómo nace y se desarrolla de pronto una voluntad nacional. Pero sería menester un estudio. Digamos, a lo sumo, que esta

la evolución de las fiebres europeas o mundiales. "La guerra no estalla porque las circunstancias más favorables están reunidas". No. Cuando se dice que el estado de Europa, hoy día, se asemeja al estado de la Europa de 1914, no se está en la sinrazón; pero se cae en ella si se llega a la conclusión que de él saldrá una guerra "como en 1914". La guerra ha estallado en 1914, es todo lo que puede decirse; no debía estallar en 1914. Desde la guerra de 1870 la ocasión, y "mejor", se había presentado cinco veces. Puesto que la guerra no ha seguido a Fashoda, en que la guerra no sobreviene cuando "debe" sobrevenir. Entonces, hacer previsiones, ¿verdad?

—Por el momento, se trata de comprender un poco el juego: petróleo, herrerías, radicalismo, comunismo, fascismo. Cuando tantos pronósticos pueden ser hechos, queda la voluntad, digo: en ningún caso haré la guerra contra Rusia.

—Agrego que si las grandes fuerzas económicas francesas quisieran realmente servir al espíritu nacional con quien alegan vínculos de unión, deberían destinar todo lo que tienen de fuerza de voluntad y asimismo de violencia, a la conservación de la paz. Los vencedores de 1918, Estados Unidos y Japón, son las dos naciones que entraron últimas en la guerra. ¿Estas fuerzas elegirán su temor a Rusia o su deseo de poderío?"

Ilustración de Sorazábal